

## ARTÍCULO

### Islas de hielo bajo la niebla. Los informes de James Eights y Jeremiah N. Reynolds sobre las islas Shetland del Sur [1830]

*Ice islands under the fog. The reports of James Eights and Jeremiah N. Reynolds about the South Shetland Islands [1830]*

Daniel Quiroz<sup>a</sup>

#### OPEN ACCESS

**Recibido:** 07/10/2024

**Aceptado:** 16/08/2025

**Versión final:** 01/09/2025

#### **Cómo citar:**



Quiróz, D. (2025). Islas de hielo bajo la niebla. Los informes de James Eights y Jeremiah N. Reynolds sobre las islas Shetland del Sur [1830]. *Magallania*, 53, 13, 1-30.

#### **Fuentes de financiamiento:**

Proyecto ANID-Fondecyt Regular 1170318.

#### **Declaración de autoría:**

El autor llevó a cabo todas las etapas de elaboración del presente manuscrito, incluyendo conceptualización, obtención de datos, análisis formal, obtención de financiamiento, investigación, metodología, redacción del borrador original y revisión

<sup>a</sup>  Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Subdirección de Investigación, Avenida. Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, CP. 8320255, Chile.  
 [daniel.quiroz@patrimoniocultural.gob.cl](mailto:daniel.quiroz@patrimoniocultural.gob.cl)

## Resumen

En el mes de enero de 1830 llega a las islas Shetland del Sur una flota de buques norteamericanos compuesta por el bergantín *Annawan*, capitán B. Pendleton, el bergantín *Seraph*, capitán N. Palmer y la goleta *Penguin*, capitán A. Palmer, que llegaban con la finalidad de localizar y explotar colonias de lobos marinos en el extremo sur americano y para mejorar el conocimiento científico de la Antártica. A bordo del *Annawan* venían los “científicos” Jeremiah N. Reynolds y James Eights, quienes escriben sendos informes sobre sus experiencias en las islas. El informe de Eights es una “historia natural de las islas”, donde revisa sus características climáticas, geomorfológicas, geológicas, zoológicas y botánicas. El escrito de Reynolds es, en cambio, una “bitácora de un segmento del viaje” en la que se anotan y relatan acontecimientos experimentados en forma diaria por los exploradores. Los escritos son poco conocidos y nos parece pertinente presentarlos en forma conjunta como una pequeña contribución a la historia de la construcción del imaginario de Occidente de las islas Shetland del Sur y de la Antártica.

## Palabras clave:

Islas Shetland del Sur, viajes de exploración, caza de lobos marinos, historia natural, Antártica.

## Abstract

In January 1830, an American fleet arrived at the South Shetland Islands, consisting of the brig *Annawan*, Captain B. Pendleton, the brig *Seraph*, Captain N. Palmer, and the schooner *Penguin*, Captain A. Palmer, with the aim of locating and exploiting colonies of sea lions in the far south of America and to improve scientific knowledge of Antarctica. On board the *Annawan* were the “scientists” Jeremiah N. Reynolds and James Eights, who wrote reports on their experiences on the islands. Eights' report is a “natural history of the islands,” in which he reviews their climatic, geomorphological, geological, zoological, and botanical characteristics. Reynolds' writing is, on the other hand,

a “log of a segment of the voyage” in which events experienced on a daily basis by the explorers are noted and narrated. The writings are little known and we think it is pertinent to present them together as a small contribution to the history of the construction of the South Shetland Islands and Antarctica in the Western imagination.

### Key words:

South Shetland Islands, voyages of exploration, sealing, natural history, Antarctica.

### OBERTURA

Recientemente se publicó un libro que describe el itinerario de Jeremiah N. Reynolds<sup>1</sup> en sus viajes por la Araucanía (Quiroz, 2024). Reynolds formaba parte de una expedición de carácter privado pero patrocinada por el gobierno de los Estados Unidos, que podemos llamar Pendleton-Palmer, que tenía objetivos científicos, económicos y también políticos (Sachs, 2007). Antes de desembarcar en Chile e internarse por el territorio mapuche, Reynolds estuvo algo más de un mes, a comienzos de 1830, en las islas Shetland del Sur<sup>2</sup> y dejó un interesante relato sobre sus experiencias en esos desolados lugares. Uno de sus compañeros de viaje, el naturalista James

Eights<sup>3</sup>, escribió otro texto con sus observaciones sobre el clima, la geología, flora y fauna de las islas. El texto de Reynolds, *Leaves from an unpublished Journal*, expresa con detalles parte de una larga y difícil jornada que tuvo con sus compañeros de viaje en los mares antárticos (Reynolds, 1838). Eights, por su parte, después de describir el hallazgo de un trilobites en la costa de una de las islas<sup>4</sup>, escribe un breve informe, *Remarks on the New South Shetland Islands* (Eights, 1833). Este trabajo es luego impreso por Edmund Fanning en 1838, con ligeras modificaciones, bajo el título de *A Description of the New South Shetland Islands* (Eights, 1838). Los informes de Reynolds y Eights son muy diferentes, pero, en nuestra opinión, complementarios y juntos permiten disponer de dos miradas diversas sobre las características ambientales de las Shetland del Sur y las experiencias de sus primeros exploradores durante la época de las expediciones antárticas tempranas<sup>5</sup>.

El informe de Eights es una “historia natural de las islas” que contiene una revisión general de sus características climáticas, geomorfológicas, geológicas, zoológicas y botánicas, sin hacer referencias específicas a las particularidades o a los imponderables del viaje, excepto por una reflexión sobre la existencia de un continente en el círculo polar antártico. El escrito de Reynolds, en

<sup>1</sup> Jeremiah N. Reynolds [1799-1858] nace en Cumberland, Pensilvania, y en 1808 se traslada con su familia a Clinton, Ohio, donde ejerce diversos oficios, entre ellos, el de maestro de escuela. Tomó algunos cursos en la Ohio University pero no terminó ninguna carrera. Entre 1823 y 1824 fue propietario y editor del periódico *Wilmington Spectator* y se hace conocido por ser un seguidor y divulgador de las teorías de John. C. Symmes Jr, *que había declarado en 1818 que la Tierra era hueca, habitable por dentro, que contenía un gran número de esferas concéntricas sólidas, una dentro de la otra y que estaba abierta por los polos* (Quiroz 2024, p. 17). Decepcionado de los viajes de exploración ya que no fue considerado por el Gobierno de los Estados Unidos para participar en la Expedición de Wilkes a los mares del Sur (1838-1842), se dedicó a la práctica de las leyes hasta su muerte ocurrida en la ciudad de Nueva York (Howe, 1889).

<sup>2</sup> Las Shetland del Sur son un conjunto de islas situadas entre las costas sudamericanas y la península antártica, a unas 400 millas al sureste del cabo de Hornos. El archipiélago está formado por once islas principales y otras menores, agrupadas en dos conjuntos, el septentrional (Elefante, Clarence) y el meridional (Rey Jorge, Nelson, Robert, Greenwich, Livingston, Snow, Decepción, Smith, Low). Están situadas entre 61° 59' S a 63° 20' S y 57° 40' O a 62° 45' O, a unos 120 km al norte de la península antártica, entre el pasaje de Drake y el estrecho de Bransfield. Las islas cubren una superficie total de 4.700 km<sup>2</sup> y se extienden unos 450 km desde las islas Smith y Snow en el oeste-suroeste, hasta las islas Elephant y Clarence en el este-noreste.

<sup>3</sup> James Eights [1798-1882] nace en Albany, Nueva York. Escribió numerosos artículos sobre diversos temas, tortugas, manchas solares, geología, insectos, pájaros, el clima, nubes, fósiles, constelaciones y minerales. Fue uno de los primeros naturalistas estadounidenses en comprender y escribir sobre el potencial del guano de murciélago como fertilizante en la agricultura. Como artista realiza una serie de acuarelas relacionadas con el pasado de Albany, su ciudad natal. Muere en Ballston, Nueva York (McKinley, 2005).

<sup>4</sup> Los trilobites son una clase de artrópodos extintos, característicos del periodo paleozoico, que comienza hace unos 540 millones de años. Los últimos trilobites desaparecieron hace unos 250 millones de años (Paterson 2019).

<sup>5</sup> Las traducciones de los textos son del autor y en ella se ha respetado el estilo narrativo tanto de Reynolds como de Eights.. Hemos registrado la paginación original de los textos entre barras oblicuas.

cambio, es una “bitácora de un segmento del viaje”, bastante detallada, en la que se inscriben y relatan acontecimientos experimentados en forma diaria por parte de la tripulación del *Annawan*. y de paso también nos entrega noticias sobre la historia natural de las islas. Un escrito, el de Eights, más objetivo, racional, el otro, el de Reynolds, subjetivo, más emocional. Los escritos son poco conocidos y nos parece pertinente presentarlos en forma conjunta como una pequeña contribución a la historia de la construcción del imaginario de Occidente de las islas Shetland del Sur y de la Antártica (Zarankin y Senatore, 2005; Senatore, 2019). La traducción de los textos ha intentado respetar conservar, dentro de lo posible, el estilo narrativo de sus autores, agregando a pie de página algunas anotaciones en forma de breves comentarios, actualizaciones y aclaraciones.

El “descubrimiento” de las Shetland del Sur se le atribuye al navegante inglés William Smith, que las avista desde su buque, el bergantín *Williams*, durante el mes de febrero de 1819 y más tarde, en octubre de ese mismo año, desembarca en la isla Rey Jorge, una de las mayores del grupo, reclamándolas para Gran Bretaña (Jones, 1975). El capitán W. H. Shirreff, oficial naval británico en el Pacífico, organiza un nuevo viaje hacia las Shetland del Sur en el *Williams*, con Edward Bransfield como capitán y W. Smith como piloto, que zarpa de Valparaíso el 19 de diciembre de 1819 y llega a las islas el 16 de enero de 1820 (Dickinson, 1993, p. 6). El capitán Bransfield debía cartografiar los puertos y zonas de fondeo, recolectar especímenes de flora y fauna y realizar investigaciones meteorológicas y magnéticas (Campbell, 2000)<sup>6</sup>.

En la revista *Edinburgh Philosophical Journal*<sup>7</sup> se publican un par de artículos que ofrecen información sobre los recientes viajes a las Shetland del Sur. Uno de ellos, escrito por John Miers, da noticias del primer desembarco en la isla Rey Jorge, señalando que, al observar un lugar que parecía un buen puerto, el

capitán Smith envió “la tripulación de uno de los botes y su primer oficial a la orilla donde pusieron una tabla con la bandera de la Union Jack y una inscripción apropiada y dando tres hurras tomaron posesión en el nombre del rey de Gran Bretaña” (Miers, 1820, p. 371). El puerto

*era estéril, rocoso, no con guijarros redondeados sino con trozos de pizarra de color gris azulado que variaban de tamaño, desde muy grandes a muy pequeños; el puerto parecía extenderse tierra adentro, hasta donde alcanzaba la vista y ofrecía un buen fondeadero [... además] parecía estar repleto de cachalotes auténticos, *Physeter macrocephalus*, que según él [capitán Smith] existe allí en mayor abundancia de la que piensa ha conocido en cualquier otro lugar; está seguro de que se trataba de cachalotes auténticos, ya que él mismo se había criado en la pesca de ballenas* (Miers, 1820, pp. 371-372).

Había abundancia de otros animales, como lobos y nutrias marinas y “también de un animal diferente de la nutria marina que imagino puede ser una variedad del ornitorrinco” (Miers, 1820, p. 372)<sup>8</sup>. El otro texto, escrito el 26 de mayo de 1820 por Adam Young, cirujano de la expedición de exploración de Bransfield, señala que:

*el descubrimiento de estas tierras debe ser de gran interés desde un punto de vista geográfico y evidente su importancia para los intereses comerciales de nuestro país es por el gran número de ballenas que diariamente nos rodean y la multitud de los lobos finos y leones marinos que encontramos en el mar y en cualquier punto de la costa o en las islas rocosas adyacentes en las que pudimos desembarcar; el pelaje de los primeros es*

<sup>6</sup> La Hakluyt Society, de Londres, publica a comienzos de este siglo XXI un libro que recoge y comenta los documentos relacionados con estos viajes, cuya lectura permite tener una mirada bastante más clara sobre los acontecimientos relacionados con la exploración de las tierras situadas al sur del cabo de Hornos en esta época (Campbell, 2000).

<sup>7</sup> *Edinburgh Philosophical Journal* es una revista fundada en 1819 por la Royal Society of Edinburgh para publicar artículos sobre los últimos adelantos de la ciencia. En 1826 pasa a denominarse *Edinburgh New Philosophical Journal* y en 1864 forma parte de la nueva revista *Quarterly Journal of Science*.

<sup>8</sup> Miers (1820) usa las palabras inglesas “seals” y “sea-otters” que hemos traducido por lobos marinos y nutrias. La nutria marina no habita en estos lugares, obviamente tampoco el ornitorrinco, por lo que suponemos se refiere a otros mamíferos marinos, tal vez algunas especies de focas.

*el más fino y largo que jamás haya visto, y como se han vuelto escasos en todas las demás partes de estos mares y hay una gran demanda de ellos tanto en Europa como en la India, sin duda se habrán convertido, tan pronto como el descubrimiento se haga público, en una especulación favorita entre nuestros comerciantes* (Young, 1821, pp. 347-348)<sup>9</sup>.

Mientras Bransfield exploraba las islas en el *Williams* había otros buques recorriéndolas, aunque con diferentes propósitos. El bergantín *Hersilia*, capitán Sheffield, de Stonington, CT, la polacra argentina *San Juan Nepomuceno*, capitán Charles Tidblom, de Buenos Aires, y el bergantín brasileño (arrendado por comerciantes británicos) *Espírito Santo*, capitán Joseph Herring, estaban involucrados en la caza de lobos marinos en las islas. Un texto anónimo, escrito el 2 de julio de 1820, recoge observaciones realizadas por Joseph Herring, capitán del *Espírito Santo*, en el archipiélago de las Shetland del Sur, al que llegaron el 25 de diciembre de 1819: “consiste de un grupo de islas estériles, la más grande tiene cerca de diez millas de largo; su superficie está cubierta de nieve pero en ninguna parte se puede observar árboles o arbustos y la vegetación es extremadamente escasa” (Anónimo, 1820, p. 675). La tripulación del barco pudo encontrar

*un puerto tolerablemente bueno y un fondeo seguro, donde el desembarco se desarrollaba con facilidad en una playa de arena [...] los lobos marinos, que son el gran objeto de este viaje, se encuentran en incontables multitudes, variando en dimensiones desde el tamaño de una oveja al de un pequeño buey; de estos, en 33 días, mataron vastos números y las pieles las vendieron en Buenos Aires, a un precio muy bajo* (Anónimo, 1820, p. 675).

Hay dos especies de pinnípedos, “los elefantes marinos que ocasionalmente están en la orilla, que serían muy buenos productores de aceite, pero son muy tímidos” y los lobos marinos, “cuyas pieles son notablemente finas en textura y algunos sombrereros

a los que se las han mostrado piensan que son extremadamente valiosas” (Anónimo, 1820, p. 675).

En una carta escrita el 28 de enero de 1820 y publicada en un periódico neoyorquino, se afirma que el capitán Smith había visto en las islas “muchas focas, lobos marinos, ballenas y aves marinas, todos sin miedo y ajenas al peligro [...]; las ballenas eran parecidas a las de bahía Hudson y estrecho de Davis” (Robinson, 1820, p. 6). En esa misma misiva se le pide al Gobierno de los Estados Unidos que

*equipe y comisione un buque con personal adecuado para realizar un viaje de descubrimiento a esta región del mundo; [...] el Gobierno y la Nación se verían ampliamente recompensados por la adquisición de conocimiento, además de la consiguiente satisfacción que surge de haber patrocinado y promovido inteligencias, aventuras y emprendimientos loables* (Robinson, 1820, p. 6).

Las noticias que se conocen tanto de exploradores como loberos (en algunos casos eran las mismas personas) sobre las cantidades de lobos finos que había en los roqueríos de las Shetland del Sur, despiertan el interés de empresarios ingleses y angloamericanos, quiénes rápidamente envían sus buques a las islas (Spears, 1922). Se experimenta un notable incremento en el número de embarcaciones ocupadas en la caza de lobos finos en las islas. Se dice que entre 1820 y 1821 “al menos 18 buques americanos y 24 británicos visitaron las islas” (Dickinson, 1993, p. 7). Otra fuente afirma que en 1821 había en la zona “no menos de treinta buques americanos cazando lobos” (Lee, 1913, p. 368). Este primer ciclo de explotación lobera en las Shetland del Sur se extiende entre 1819 y 1827 (hubo otros dos, 1830-1850 y 1850-1890), “cuando más de 130 buques visitan el archipiélago (la gran mayoría perteneciente a compañías americanas o británicas) [...] y toman una cantidad estimada de 300.000 pieles de lobos marinos” (Pearson y Stheberg, 2006; Salerno y Cruz, 2023). Cuando James Weddell se encuentra en la zona durante la temporada 1822-1823 nota que, a pesar de ser todavía abundantes, hay una disminución notoria del número de lobos

<sup>9</sup> Young (1821) usa los términos fur-seals y sea-lions para identificar a los lobos finos y los elefantes marinos respectivamente.

finos y sugiere no matar “a las madres mientras sus crías no sean capaces de sobrevivir en el agua y aún entonces solo a aquellas que parezcan ser viejas, junto a una cierta proporción de machos, así disminuirá su número, pero en lenta progresión” (Weddell 1827, pp. 141-142). Weddell agrega que con el sistema de caza practicado en las Shetlands del Sur “los animales pronto llegarán a extinguirse” (Weddell 1827, p. 142). El *HMS Chanticleer*, capitán Foster, visita en 1829 las islas y el cirujano de la nave afirma que “los lobos marinos antes abundaban pero fueron tales los estragos que causaron los cazadores de lobos que ahora son muy escasos y rara vez se los encuentra [...], nosotros no pudimos ver siquiera un solo lobo fino” (Webster, 1834, tomo I, p. 157). Son los efectos catastróficos de este primer ciclo de explotación lobera.

La necesidad de realizar expediciones de exploración en la Antártica se empieza a discutir en la prensa estadounidense y el Gobierno se verá sometido a múltiples exigencias por distintos sectores de la ciudadanía para emprender acciones en este sentido, en ese momento no muy bien comprendidas. Jeremiah N. Reynolds fue uno de sus principales promotores y un notable “publicista” de estas expediciones. Interesado en el fomento de la exploración marítima, comienza en 1825 “una intensa campaña promocional para que los Estados Unidos realice una expedición con propósitos comerciales y científicos al Mar del Sur” (Lenz, 2021, p. 45). En 1828 es nombrado “agente especial de la Secretaría de Marina” (Harrison, 1955, p. 177) y por mandato del presidente de los Estados Unidos John Quincy Adams se le encarga “recolectar información de los propietarios y capitanes de barcos sobre las condiciones de los Mares del Sur” (Bartlett, 1940, p. 603). Reynolds elabora un completo informe que envía el 24 de septiembre de 1828 al Secretario de la Marina donde reúne la información disponible sobre las principales características de “la navegación, geografía y topografía de todos los mares, de los océanos Pacífico, Índico y Chino, y también del alcance y naturaleza de nuestro comercio en aquellos mares” (Reynolds, 1835, p. 26).

El Gobierno de los Estados Unidos, aunque le otorga patrocinio, rechaza financiar el viaje de

exploración al Polo Sur propuesto por Reynolds, quién, lejos de amilanarse, se conecta con comerciantes privados y en marzo de 1829, “bajo la asistencia y respaldo financiero de Edmund Fanning<sup>10</sup> y otros loberos de Stonington”, forma la South Sea Fur Company and Exploring Expedition, una empresa creada con el fin de localizar y explotar colonias de lobos marinos en el extremo sur americano y para mejorar el conocimiento científico de la Antártica (Philbrick, 2004, p. 25).

Reynolds era “un escritor bien dotado, un romántico inveterado y un aventurero insaciable, [...] todas] sus teorías, métodos y viajes, estaban, en efecto, inspiradas por [Humboldt]” (Verney, 2022, p. 16). Puede que Reynolds no fuera “un científico” o “un naturalista” tal como los entendemos ahora, pero “era un hombre erudito para su época y para su país y estaba dispuesto a experimentar el mundo natural de manera personal, contundente y directa” (Verney, 2022, pp. 16-17); era, sin duda, parte de aquello que se llamó “el imperio del conocimiento”, un “campo expansivo de hechos y métodos diversos (y a menudo impugnados) sobre el mundo natural”, construido en esa época (Verney, 2022, p. 17). Para Jeremiah Reynolds, “los mares del sur eran un terreno heroico donde los hombres duros y valientes se enriquecen mediante la búsqueda de una vida marina peligrosa” (Verney, 2022, p. 25). Realmente no era un “científico” sino más bien un “promotor de la ciencia”, obsesionado con el Polo Sur, tanto por razones científicas como por motivos comerciales y políticos, que hace suyas “las lecciones de Humboldt sobre las relaciones de la humanidad con la naturaleza”, considerando que los relatos de exploración “pueden hacer a las personas más curiosas sobre las maravillosas capacidades tanto de la naturaleza como de la humanidad” (Sachs, 2007, p. 153). Reynolds era simplemente un “aficionado a la naturaleza, un hombre del renacimiento, con intereses que parecían ser ilimitados” (Sachs, 2007, p. 145). En los mares antárticos aprende algunas “lecciones humboldtianas” acerca de “las limitaciones de la ciencia humana y sobre un universo paradójico”, que es, al mismo tiempo, “acogedor y aterrador, resplandeciente y prepotente, ratificador y repudiador”; se pregunta, “somos parte del todo, pero ¿qué parte

<sup>10</sup> Edmund Fanning [1769-1841], explorador, capitán de barco y exitoso comerciante estadounidense, hizo fortuna en el comercio de pieles con China, las que intercambiaba por sedas, especies y té, que vendía en Nueva York.

somos cuando nos vemos reflejados en el hielo?” (Sachs, 2007, p. 137). James Eights, por su parte, manifestó desde joven un gran interés por el arte, la biología, las ciencias naturales y la medicina. Participa desde 1822 en las prospecciones geológicas del lago Erie y en 1823 es uno de los fundadores del Albany Lyceum of Natural History. En 1828 fue reclutado como naturalista para la Expedición Pendleton-Palmer a la Antártica (McKinley, 2005).

Edmund Fanning, uno de los principales financistas de la expedición, indica en un memorial presentado en 1833 al Congreso de los Estados Unidos que en los buques se habrían embarcado “cinco caballeros científicos” (Fanning, 1833a, p.11). Estos científicos eran “el Dr. James Eights, de Albany, Nueva York, el Sr. Jeremiah N. Reynolds, de Wilmington, Ohio, el Dr. John Frampton Watson, de Filadelfia, Pensilvania, y otros dos asociados cuyos nombres no se conocen”, quiénes eran “los primeros norteamericanos en realizar exploraciones e investigaciones científicas en el continente sudamericano” (Martin, 1943, p. 43). Hay información precisa sobre dos de los personajes identificados, Eights y Reynolds, bastante menos y algo confusa de Watson, pero no hay ningún dato sobre la presencia de los “otros dos asociados” en las fuentes de la época por lo que podemos suponer, por ahora, que simplemente no existieron.

El 17 de octubre de 1829 el bergantín *Annawan*, capitán Palmer, zarpa de Nueva York (*New York Morning Courier*, 18 de octubre de 1829). El bergantín *Seraph*, capitán Pendleton, debido al mal tiempo, sale recién de Stonington el 21 de octubre, “para unirse con su pareja, el *Annawan*, frente a Block Island, desde donde seguirían en su viaje de exploración hacia el Hemisferio Sur” (*New-York Spectator*, 26 de octubre de 1829). Los dos veleros no pueden encontrarse en el lugar previsto, debido a “una fuerte brisa del este que pronto se convirtió en un vendaval, continuando así durante tres días” (Spears, 1922, p.124), por lo que cada buque sigue por separado su rumbo al sur. Kenneth Bertrand piensa que el *Seraph* se une al *Annawan* y al *Penguin*, una goleta que se agrega a la expedición en Port Hatches, Isla de los Estados, recién “en la costa de Chile Central a comienzos de mayo de 1830” (Bertrand, 1971, p. 154), pero en la bitácora

del *Penguin* hay algunos datos que hacen pensar que la reunión pudo haber ocurrido antes, mientras se encontraban en Potter’s Cove<sup>11</sup>, en la isla Rey Jorge, Shetland del Sur. El 2 de febrero de 1830, “a las 8 AM, se recibe a bordo al capitán N. Palmer, Mr. Pendleton, Mr. Staples y la tripulación de dos botes; luego se dirigieron a Pebbles Harbor” (Elliot, 1831). El *Annawan* y el *Penguin* permanecen cerca de un mes en las islas y el *Seraph*, tal vez una semana menos y prosiguen juntos su viaje hacia el oeste, en busca de las islas reportadas por los capitanes Swain, Macy y Gardiner (Bertrand, 1971, p. 153). Los capitanes abandonan la búsqueda cambiando de nuevo el rumbo, ahora al noreste, hacia las costas de Chile (Bertrand, 1971, p. 154). Llegan el 7 de abril a la isla Santa María, donde aprovechan de salar los cueros de lobos obtenidos (Mayorga, 2021), la que abandonan el 30 de abril, dirigiéndose al norte. El *Annawan* recalca el 4 de mayo en Valparaíso y los otros dos buques siguen viaje hacia el Perú (Martin, 1943, p. 44).

James Eights desembarca y el 10 de mayo retorna a casa en la goleta lopera *Bogotá* (*El Mercurio de Valparaíso*, 11 de mayo de 1830). Jeremiah N. Reynolds, por su parte, se queda en Chile durante un par de años (Quiroz, 2024) para regresar a bordo del buque de guerra *USS Potomac*, como secretario privado de su capitán, el comodoro John Downes (Reynolds, 1835), que zarpa de Valparaíso el 3 de diciembre de 1832 (*El Mercurio de Valparaíso*, 3 de diciembre de 1832).

En los periódicos estadounidenses de la época se publica, de manera intermitente, información sobre los resultados de la travesía, considerada, en breves palabras, como un rotundo fracaso económico y científico.

Jeremiah Reynolds escribe el 6 de mayo de 1830 una carta desde Valparaíso, señalando que “estuvimos treinta y cinco días en las islas Shetland del Sur y desde su extremo suroccidental emprendimos un crucero hacia el oeste hasta los 108 grados longitud Oeste y entre los paralelos 60 y 70 grados Sur”. Debido a que habían salido tarde de los Estados Unidos, “cuando alcanzaron las latitudes altas, habían llegado las noches largas y oscuras y comenzado el mal tiempo”. Lo que

<sup>11</sup> Potter’s Cove es una ensenada situada en el borde suroeste de la isla Rey Jorge, que forma parte del grupo meridional de las Shetland del Sur [62°14’ S, 58°42’ W] (Alberts, 1995, p. 179).



Fig. 1. Ruta aproximada que siguió el bergantín *Annawan* entre 1829 y 1831 en su viaje a los mares del Sur, con un detalle sobre su paso por las Shetland del Sur (Dibujo Daniela Quiroz, basado en Bertrand, 1971).

le parece más notable es “el sorprendente gran número de icebergs que encontramos; en un solo día pasamos entre trescientos y cuatrocientos, por lo que maniobrar un buque entre las columnas de hielo flotantes [...] requiere del más alto ejercicio de habilidades náuticas” (Baltimore Patriot, 8 de septiembre de 1830). En otra misiva, escrita algún tiempo después, Reynolds cuenta que

*estuve extraviado de mi barco, en un bote abierto, durante varios días y noches, en medio de regiones sombrías y de hielos eternos, alrededor de las Islas Shetland; he desembarcado en icebergs que flotaban en el océano y ascendido precipicios en los que un paso en falso podría haber terminado con mi*

*carrera en la Tierra; nadé ríos, fui arrastrado a las rocas por las olas y llegué a la orilla; [...] con mucha dificultad desembarcamos veinticinco hombres, y en un día capturamos mil lobos marinos* (citado en Woodbridge, 1984, pp. 114-116).

Examinaron “minuciosa y científicamente el grupo completo de las islas Shetland del Sur hasta un punto en el que nunca antes se había hecho y después de viajar entre campos y montañas de hielo, se dirigieron al norte, a las costas de Sudamérica” (*Daily National Intelligencer*, 12 de agosto de 1834). Esta fue más bien una aspiración y no un hecho concreto.

Los relatos de Reynolds y Eights se sitúan en el proceso de “descubrimiento” de un nuevo continente,

una *Terra Australis Incognita*<sup>12</sup>, imaginado desde hace siglos, pero todavía desconocido (Tammiksaar y Lüdecke, 2023, p. 186). Esta tierra hipotética “fue predicha en el mapa del mundo del antiguo geógrafo Claudius Ptolomeo<sup>13</sup>, que apareció en latín en 1478” (Tammiksaar y Lüdecke, 2023, p. 181) e institucionalizada con el reconocimiento cosmográfico y geográfico que hace Gerhard Mercator<sup>14</sup>, en su mapamundi de 1569. Los navegantes que generan la información que sirve como escenario son James Cook<sup>15</sup> y Fabian von Bellinghausen<sup>16</sup>, al rodear lo que luego sería conocido como el continente antártico.

James Cook fue el primero en circunnavegar la Antártica sin saber que ahí, detrás de esas montañas de hielo y la espesa niebla que se levantaba, se escondía un continente. El capitán Cook, en su segundo viaje, informa que luego de cruzar el círculo polar antártico:

*El 30 de enero [de 1774], a las 4 de la mañana, percibimos que las nubes al sur, cerca del horizonte, tenían un brillo inusualmente blanco, como la nieve, lo que denunciaba nuestra aproximación a un campo de hielo; poco después, desde el tope del mástil, se pudo ver, a las ocho en punto, que estábamos cerca de su borde, que se extendía de este a oeste en una línea recta mucho más allá de nuestra vista* (Cook, 1777, Tomo I, p. 267; Beaglehole, 1961).

No siente que “sea imposible llegar más al sur, pero intentarlo habría sido una empresa peligrosa y arriesgada, y creo que ningún hombre en mi situación habría pensado siquiera en ello”, destacando que

“de hecho, mi opinión, así como la de la mayoría de los que estaban a bordo, era que este hielo se extiende hasta el polo, o tal vez se una a alguna tierra a la que había estado sujeto desde tiempos remotos”, y que “tengo la ambición no sólo de ir más lejos que cualquier otro haya ido antes, sino hasta donde sea posible ir para el hombre” pero no le preocupa encontrarse con estas dificultades, ya que, de alguna manera, “nos alivia y, al mismo tiempo, disminuye los peligros y las dificultades inherentes a la navegación en las regiones polares del sur” (Cook, 1777, Tomo I, p. 268).

Cook indica que *no niega que pueda haber un continente o una gran extensión de tierra cerca del polo; por el contrario, soy de la opinión de que lo hay y es probable que hayamos visto una parte de él; el frío extremo, las numerosas islas y grandes extensiones de hielo, todo ello tiende a probar que debe haber tierra al sur; y mi convicción es que esta tierra austral debe estar o extenderse más al norte, frente a los océanos Atlántico meridional e Índico* (Cook, 1777, Tomo I, pp. 239-240).

Los viajes de Cook causaron más incertidumbres que claridad en las mentes de los navegantes y científicos sobre la geografía física de las regiones polares meridionales y esta ambigüedad estaba causada por la presencia de las enormes masas de hielo observadas en las aguas polares australes (Tammiksaar y Lüdecke, 2023, p. 186).

James Cook no pudo reconocer un continente en las regiones polares meridionales, pero notó que “había abundancia de ballenas y pingüinos alrededor

<sup>12</sup> La Tierra Austral Incógnita era un continente imaginario o hipotético, situado al sur de lo conocido, que solía aparecer en la cartografía de los siglos XV-XVI (Tammiksaar y Lüdecke 2023).

<sup>13</sup> Claudius Ptolemaeus (90-168 d.C.), astrónomo, matemático y geógrafo alejandrino, de ascendencia griega. Fue el principal representante de la cosmología geocéntrica que predominará en el mundo medieval e islámico. Su conocido mapamundi apareció en una edición de la *Cosmographia* publicada en 1478 en Roma (Bagrow, 1985).

<sup>14</sup> Gerhard Mercator (1512-1574), geógrafo, matemático y cartógrafo flamenco, conocido por idear una forma particular de proyección cartográfica en la que se respetan las formas de los continentes pero no los tamaños. Su conocido mapamundi fue publicado en Basilea en 1569 (Bagrow, 1985).

<sup>15</sup> James Cook [1728-1779], nace en Marton, Yorkshire, Inglaterra. Se enroló como marino mercante a los 18 años. En 1755 se alista en la Royal Navy. Comandó tres expediciones científicas al Océano Pacífico, patrocinadas por la Royal Society y la Royal Navy. Muere en Hawái, en confusas circunstancias.

<sup>16</sup> Fabian Gottlieb Benjamin von Bellinghausen [1778-1852], nace en Lahetaguse, isla de Saaremaa, hoy Estonia. De origen alemán báltico, empezó su carrera naval como cadete a los diez años en la Marina Imperial Rusa. Después de participar en dos expediciones de circunnavegación del globo (1803-1806, 1819-1821) y en la guerra ruso-turca (1828-1829) fue gobernador militar de Kronstadt, donde fallece el 25 de enero de 1852.



Fig. 2. Una vista de “las islas de hielo”, 1820 (Mikhailov, 1831).

nuestro todo el tiempo” (Cook, 1777, Tomo I, p. 224) y que también “las focas u osos marinos eran muy numerosas” (Cook, 1777, Tomo I, p. 213). La información contenida en los relatos de Cook sobre la abundancia de ballenas y lobos finos en la zona “significaba oportunidades de altos ingresos para empresarios privados que no tenían miedo de correr riesgos” (Tammiksaar y Lüdecke, 2023, p. 186; Stackpole, 1955), lo que produjo una invasión masiva de buques, desde fines del siglo XVIII, en busca del aceite de las ballenas, lobos y elefantes marinos y de las pieles de los lobos finos (Ellis, 1991).

La segunda expedición fue la encabezada por el marino ruso Fabian von Bellinghausen. El *Vostok*, capitán Bellinghausen, y el *Mirni*, teniente Lazarev, salen el 3 de julio de 1819 del puerto de Kronstadt, “en un viaje al Sur para continuar el recorrido del capitán Cook” (Mill, 1903, p. 152). Se dirigen a Inglaterra en busca de un par de naturalistas que viajaran con ellos, pero zarpan el 24 de agosto desde Portsmouth, sin conseguirlos

“para profundo pesar del capitán, que se dio cuenta claramente de la magnitud de las oportunidades que se le abrirían y que no podría aprovechar” (Mill, 1903, p. 153). Los buques llegan a las Georgias del Sur en diciembre de 1819. El 15 de enero de 1820 cruzan por primera vez el círculo polar antártico en 3° O y a fines de marzo fondean en Port Jackson, Nueva Holanda<sup>17</sup>, donde permanecen por un mes. Luego salen a explorar las islas del Pacífico, llegando hasta Tahití, regresando el 8 de septiembre a Port Jackson, “donde se enteran del descubrimiento hecho por William Smith en 1819 de las Shetland del Sur” (Mill, 1903, p. 156). Bellinghausen recibe una carta del embajador ruso en la corte portuguesa en Brasil, el barón Tuyll<sup>18</sup>, comunicándole el descubrimiento realizado por un barco mercante inglés de nuevas tierras entre los 62° S y los 58° O (Tuyll, 1820a). Las noticias que trasmite Tuyll se pueden leer de una carta que le escribe al Ministro de Relaciones Exteriores ruso donde informa que

<sup>17</sup> Port Jackson es el antiguo Nombre de Sydney y Nueva Holanda es el nombre que tenía Australia en la época del escrito.

<sup>18</sup> Diederik Jacob van Tuyll van Serooskerken [1772-1826], noble holandés que sirvió como mayor general en el Ejército Imperial Ruso, combatiendo en las guerras napoleónicas. Fue representante ruso ante la corte de del rey de Portugal y Brasil, en Rio de Janeiro, y en 1823 fue nombrado por el zar Alejandro I, Embajador de Rusia en los Estados Unidos.

*el capitán Smith, del bergantín inglés Williams, doblando el cabo de Hornos en su viaje de Montevideo a Valparaíso, fue llevado en el mes de febrero de 1819 hacia el sur por los vientos contrarios y a su muy gran asombro descubrió una tierra en los 62° de latitud Sur y en los 57° 50 de longitud oeste de Greenwich; a su regreso, la reconoce de nuevo en el mes de octubre último y descende cubriendo el espacio de tres grados de longitud, sin percibir sus límites* (Tuyl, 1820b).

Bellinghausen confirma que durante su permanencia en Port Jackson recibe información desde Brasil sobre el descubrimiento de nuevas tierras “en los 62° de latitud y 57° de longitud, que habrían llamado Nueva Shetlandia” (Bulkeley, 2015, p. 116). El 13 de diciembre alcanzan nuevamente el círculo polar antártico, ahora en 164° 34' O, y luego de observar el continente antártico (sin reconocer, siguiendo a Cook, que lo era, descubren y nombran varias islas que se encontraban en la ruta, entre ellas las islas Pedro I y Alejandro I (Tammiksaar, 2016), se dirigen a las Shetland del Sur, “con el objeto de aproximarse a ellas desde el sur y determinar con certeza si tenían alguna conexión con el supuesto continente antártico” (Mill, 1903, pp. 158-159).

Bellinghausen encuentra el 25 de enero de 1821, en una de las islas meridionales de las Shetland del Sur, ocho barcos pesqueros, ingleses y americanos, fondeados en la bahía de la costa noreste de este estrecho; luego, dice, “ingresamos por el canal y nos encontramos con un barco pesquero americano, bajaron el bote y pronto llegó el capitán Palmer<sup>19</sup>, quién nos dijo que había estado por cuatro meses con tres barcos americanos, pescando en sociedad”, les contó,

además, que los lobos estaban disminuyendo y que “el capitán Smith, que había descubierto las nuevas Shetland, había matado 60.000 lobos y que él con su compañía llevaban unos 80.000” (Bulkeley, 2015, p. 100)<sup>20</sup>. Indica que “recorrí la tierra llamada Shetlandia desde el lado sur y descubrí que son varias islas, como la tierra de Sandwich, que fue descubierta por el Sr. Cook” (Bulkeley, 2015, p. 100), agregando que

*son varias islas, de diferente tamaño, todas cubiertas de nieve, donde varios barcos balleneros están ocupados en el negocio de extraer el aceite de los elefantes marinos; también matan lobos marinos y todos los barcos están en el lado norte de las islas* (Bulkeley, 2015, p. 116).

En términos generales, la gesta antártica no estuvo constituida solo por expediciones de exploración sino también, sobre todo en el siglo XIX, tuvo todas las características de una explotación extractiva de los recursos que el continente helado ofrecía (Zarankin y Senatore, 2005). La expedición en la que participaron Reynolds y Eights es un ejemplo, a pesar de los magros resultados económicos obtenidos y el escaso nuevo conocimiento científico logrado, de esas expediciones mixtas de exploración y explotación del continente antártico.

#### **OBSERVACIONES SOBRE LAS NUEVAS ISLAS SHETLAND DEL SUR, ESCRITAS POR JAMES EIGHTS, NATURALISTA DE LA EXPEDICIÓN EXPLORADORA DE 1830 Y MIEMBRO CORRESPONDIENTE DEL ALBANY INSTITUTE<sup>21</sup>**

Ubicación de las islas. Elevaciones nevadas. Estrechos y bahías. Hermosa claridad de la atmósfera.

<sup>19</sup> El diario de las operaciones de la balandra *Hero* no habla del encuentro, pues el capitán Palmer “no habría estado más de tres cuartos de hora a bordo del *Vostok* y luego regresó al *Hero*” (Stackpole 1955, p. 62).

<sup>20</sup> En 1945 se traduce del ruso el diario de la expedición y el conocimiento generado por el viaje ingresa en el imaginario antártico occidental (Debenham, 1945). La primera edición se publica en ruso en 1831 (Bellinghausen, 1831).

<sup>21</sup> El trabajo aparece con el título de “A Description of a new Crustaceous Animal found on the shores of the South Shetland Islands, With Remarks on their Natural History” en la revista *Transactions of the Albany Institute*, Vol. 2, 1833, pp. 53-69. En esta oportunidad no traducimos la descripción del nuevo crustáceo que encabeza el trabajo sino solo las observaciones. El texto fue reimpresso, con ligeras modificaciones, en 1838, como “A Description of the New South Shetland Island, by James Eights, Esq., MD, naturalist in the Scientific corps in the American Exploring Expedition of brigs Seraph and Annawan under the command of captain B. Pendleton and N. B. Palmer, sent out to the South Seas under the directive agency of the author of this work and the patronage of Government in the years 1829 and 1830” (Fanning, 1838, pp.195-215).

Icebergs. Conjuntos de pingüinos. Cielo antártico. Tonalidades y reflejos brillantes. Esqueletos de ballenas. Características geológicas. Eminencias escarpadas. Singular flujo y reflujo de las mareas. Corrientes a lo largo de la costa. Los estratos y minerales. Volcanes. Animales. Sirenas. Zorrillos marinos. Aves. El pingüino rey y sus huevos. Colonias de pingüinos. Existencia de un continente austral. Tierra de Palmer<sup>22</sup>.

Durante una de esas calmas que generalmente suceden a los famosos “pamparos”<sup>23</sup> a lo largo de la costa de la Patagonia, los marineros se dedicaron a capturar algunos de los hermosos peces de fondo, que se obtienen en forma abundante después de hacer sondeos. Comprenden principalmente toda la familia de los Gadites<sup>24</sup> de Cuvier<sup>25</sup>. Al examinar el contenido del estómago de varios ejemplares de una especie no descrita de *Phycis*<sup>26</sup>, me sorprendió el parecido de algunos crustáceos que obtuve con el *Paradoxus boltoni*<sup>27</sup>, representado y descrito en el cuarto volumen del Journal of the Academy of Natural Science of Philadelphia. Al consultar ese trabajo, que afortunadamente tenía a bordo, me convencí de que este animal se acercaba más a la familia de los Trilobites, perdida desde hace mucho tiempo, que a cualquier otra cosa descubierta hasta entonces. Apenas tenían más de una pulgada de largo y la mayoría de ellos estaban parcialmente descompuestos. La parte que más me llamó la atención fueron las marcas semilunares de la cabeza de la figura del Dr. Bigsby<sup>28</sup>, que corresponden de manera maravillosa, tanto en forma como en posición, a los ojos de este

animal, aunque el fósil se representa como carente de estos órganos. De hecho, creo que es dudoso que alguno de los trilobites estuviera desprovisto de ojos, ya que el hecho de que nunca se hayan encontrado en alguno de los pocos fragmentos de los que tenemos conocimiento no es una prueba cierta de que no existieran. En algunos crustáceos que recolecté en el océano austral, sus ojos son muy pequeños y están situados en el margen externo de la cabeza, muy cerca de su borde: si sólo una pequeña porción de esta parte de la concha hubiera estado mutilada, habríamos tenido dificultades no menores para asignarles órganos de la visión.

Después de desembarcar en distintos lugares a lo largo de la costa<sup>29</sup> y pasar algunos días en la isla de los Estados, exploramos las nuevas islas Shetland del Sur, que están situadas entre los 61 y 63° de latitud sur y los 54 y 63 de longitud oeste. Están formadas por un grupo extenso de rocas que se elevan abruptamente desde el océano a una considerable altura sobre su superficie. Su verdadera elevación no puede determinarse con facilidad debido a las pesadas masas de nieve que están sobre ellas, ocultándolas por completo de la vista. Algunas, sin embargo, levantan sus relucientes cumbres a una altura cercana a los tres mil pies y, cuando los cielos están libres de nubes, imprimen su contorno nítido y bien definido sobre el intenso azul del cielo; las islas están divididas por estrechos /59/ canales y rodeadas de profundas bahías o ensenadas, muchas de las cuales ofrecen a los buques un cómodo refugio contra los rudos

<sup>22</sup> Este resumen no aparece en la primera versión del texto (Eights, 1833) sino que le fue agregado para su segunda versión (Eights, 1838).

<sup>23</sup> Con el término pamparos se conoce “un viento frío que se levanta a través de las pampas argentinas que cuando choca con el inestable aire tropical en el mar, provoca tormentas severas que golpean sin previo aviso” (Davis, 1999, p. 79). En realidad, se refieren al “viento pampero”, como se lo conoce en la República Argentina, que se manifiesta como un viento frío, fresco o templado según la estación del año, pero siempre seco (Prohaska, 1976).

<sup>24</sup> Probablemente se trata de la familia de peces llamadas Gadoides por Cuvier, que hoy abarca las familias Gadidae, Macruridae y Brotulidae. entre los que se encuentra el bacalao, el abadejo, las brótulas y varios otros

<sup>25</sup> George Cuvier (1769-1832). Zoólogo y político francés que estableció las bases de la anatomía comparada y la paleontología. Fue el primer naturalista en clasificar los animales desde un punto de vista morfológico. De sus observaciones paleontológicas deriva una concepción catastrofista de la historia geológica.

<sup>26</sup> Nombre de un género que abarca una serie de peces llamados brótulas o lochas, especies bentopelágicas marinas no migratorias.

<sup>27</sup> Se trata de una especie de trilobites (una clase de artrópodo extinta) descrita por John J. Bigsby en 1825, que ahora se denomina *Arctinurus boltoni*.

<sup>28</sup> John Jeremiah Bigsby (1792-1881). Médico inglés que llegó a ser conocido por sus trabajos geológicos y paleontológicos en Canadá. Regresa a Londres en 1825, dedicándose a la medicina y también continuará con sus trabajos geológicos, integrándose a su llegada a la Geological Society of London.

<sup>29</sup> Se refiere a la costa patagónica oriental.

vendavales a los que están tan sujetas las altas latitudes. Cuando los vientos cesan de soplar y el océano está en reposo, nada puede superar la hermosa claridad de la atmósfera en estas elevadas regiones. Los numerosos surcos y barrancos que por todas partes jalonan la pendiente nevada de las colinas, son claramente visibles a cincuenta o sesenta millas; y las diversas aves marinas, que descansan sobre las ligeras eminencias y se recortan en fuerte relieve contra el cielo, engañan a veces al ojo experimentado del marinero, haciendo que sus insignificantes dimensiones magnifiquen su tamaño a las de la forma humana.

El océano en las cercanías, hasta donde el ojo puede ver, está cubierto aquí y allá de icebergs, que varían en magnitud desde unos pocos pies hasta más de una milla de extensión, y no es raro que se eleven doscientos pies en el aire, presentando toda variedad de formas, desde la acogedora cabaña blanca del campesino, a las enormes columnas arquitectónicas que contienen cúpulas griegas expandidas, o aquellas que tienen esas agujas altas y finamente atenuadas de alguna estructura gótica.

El sol, incluso en pleno verano, alcanza solo una altitud moderada en estas monótonas regiones, y cuando sus rayos horizontales iluminan estas masas de hielo, sus numerosos ángulos y hendiduras, captando la luz mientras avanzan, exhiben todas las hermosas gradaciones de color, desde un verde esmeralda hasta el azul más fino. Algunos de ellos, cuyos lados inclinados permiten su ascenso, están habitados por grandes grupos de pingüinos, cuyo parloteo puede oírse en un día tranquilo a una distancia increíble sobre la superficie clara y lisa del mar.

Cuando las tormentas rugen y el océano golpea sus olas montañosas contra sus lados resbaladizos, la escena es realmente sublime. Altas columnas de rocío que se disparan muy por encima de sus cumbres, pronto se disipan en nubes de un blanco brumoso; Descendiendo gradualmente, envuelven toda la masa de hielo por un corto tiempo, dándole la apariencia de estar cubierta con un velo de gasa plateada. Cuando se agitan así, no es raro que exploten con el ruido de los truenos, esparciendo sus fragmentos a lo largo y ancho de la superficie circundante de las profundidades. Estas montañas de hielo son arrastradas hacia adelante a un ritmo considerable por el viento y la velocidad de la corriente; cuando

esto ocurre, se extienden con una majestuosidad que ninguna otra cosa puede igualar.

También el cielo, en estas latitudes, presenta un aspecto muy singular; estando, por lo general, lleno de innumerables nubes, desgarrado en /60/ trozos irregulares y desiguales por los vendavales salvajes que corren por todos lados sobre los mares antárticos: el sol, al salir o ponerse lenta y oblicuamente en el horizonte septentrional, envía sus rayos a través de las aberturas intermedias, tiñéndolas aquí y allá con toda variedad de matices y colores, desde donde se proyectan en un suave y hermoso reflejo sobre los extensos campos de nieve que se juntan en las colinas circundantes, dando a toda la escena, durante la mayor parte del largo día de verano, el efecto siempre variable de más hermosa puesta de sol.

Aunque muchas de las escenas sobre estas islas son muy emocionantes, el efecto producido en la mente, en términos generales, es frío y triste en un grado inusitado, porque en sus costas solitarias rara vez se oye la voz del hombre; el único indicio de que alguien alguna vez pisó la tierra, es la tumba solitaria de algún pobre marinero cerca de la playa, y la única madera que se puede ver a simple vista, son las tablas que marcan sus dimensiones; Ningún sonido perturbó durante años el silencio de la escena, salvo el chillido salvaje de las aves marinas que vuelan en busca de su habitual alimento, el parloteo incesante de los pingüinos congregados, las ráfagas rudas rasgando las colinas heladas, el rugido hosco de las olas, dando tumbos y corriendo a lo largo de las costas, o las fuertes explosiones de las grandes masas de nieve que caen sobre las olas para formar los vastos icebergs que por todas partes flotan a la deriva en el océano austral.

Las costas de estas islas están generalmente formadas por acantilados perpendiculares de hielo, que con frecuencia se extienden por muchas millas y se elevan desde diez hasta varios cientos de pies de altura. En muchos lugares de su base, la acción continua del agua ha formado profundas cuevas con techos arqueados, bajo los cuales el océano agita sus olas con un sonido subterráneo que golpea de la manera más singular en el oído, y cuando se socava lo suficiente, extensas porciones se rompen con un estruendo asombroso, creando una tremenda marejada en el mar que al rodar sobre su superficie,

barre todo lo que encuentra a su paso, desde el animal más pequeño que se alimenta en el fondo hasta los de mayor tamaño.

No es raro encontrar esqueletos completos de ballenas, de cincuenta o sesenta pies de largo, en posiciones elevadas a lo largo de las costas, a muchos pies por encima de la línea de la marea alta; no conozco ninguna otra causa capaz de provocar este efecto. Las ballenas son muy comunes en estos lugares, y cuando el tiempo está tranquilo se puede ver un gran número de ellas rompiendo la superficie del océano en los muchos intervalos que existen entre los numerosos icebergs, a veces lanzando cantidades de rocío, otras elevando sus enormes aletas en el aire para descender de cabeza, por así decirlo, para sondear las profundidades del océano. Cuando mueren, ya sea por accidente o por alguna causa natural, sus cadáveres, al derivar hacia la orilla, son alcanzados por las olas y arrojados a tierra, donde son dejados por la ola que se retira, y en pocas horas sus huesos quedan perfectamente desnudos por las innumerables aves marinas que se alimentan de la carne. Es después que estas olas disminuyen cuando el animal aquí descrito [el trilobites], junto con diversos otros crustáceos igualmente interesantes, pueden obtenerse en cantidades considerables<sup>30</sup>.

Las características geológicas que presentan estas islas, donde la fuerza continua de los vientos ha barrido las rocas, favorecen, en gran medida, su aspecto desolado y lúgubre. Se componen principalmente de columnas verticales de basalto, que descansan sobre estratos de conglomerado arcilloso; Los pilares están unidos en grupos separados, teniendo en sus bases orillas inclinadas construidas con los materiales que se acumulan constantemente por fragmentos que caen desde arriba. Estos grupos se elevan bruscamente desde llanuras irregularmente elevadas, sobre cuya superficie se distribuyen, aquí y allá, presentando a la vista un aspecto no muy diferente al de un viejo castillo que se desmorona en ruinas, y cuando están en los promontorios de piedra arenisca que se adentran ocasionalmente en el mar, se elevan en solitaria grandeza sobre sus olas espumosas; a veces se les puede ver perforando la nieve, contrastando poderosamente sus profundos tonos oscuros con la pureza inmaculada de la nieve.

De vez en cuando se encuentran estanques de agua dulce en las planicies, pero no deben su origen a manantiales ya que se forman por el derretimiento de la nieve.

Las costas rocosas de estas islas están formadas por eminencias escarpadas que se adentran en el mar a diferentes distancias unas de otras, desde cuyas bases se extienden peligrosos arrecifes por varias millas de extensión, lo que hace necesario que los navegantes mantengan una vigilancia cautelosa, al recorrer cualquier parte de esta costa; Los intervalos entre estos peñascos se componen de estrechas franjas de planicie construidas con fragmentos toscamente angulados de gran variedad de tamaños, que en algún período anterior han caído de las colinas circundantes. Descienden gradualmente hasta el agua, terminando en una playa de arena fina. De vez en cuando se ven por ahí algunos pedazos redondeados de granito, traídos indudablemente por los icebergs de sus montañas progenitoras en alguna tierra más meridional, ya que no vimos rocas de esta naturaleza, in situ, en estas islas. En una ocasión, obtuve una roca de casi un pie de diámetro de una de estas colinas flotantes de hielo. La acción de las olas ha producido poco o ningún efecto sobre el basalto a lo largo de la costa, ya que sus ángulos conservan toda la agudeza de una reciente fractura, pero cuando predomina el conglomerado de arenisca la masa es generalmente redondeada.

El océano alrededor de estas costas es generalmente muy profundo; los materiales que constituyen su fondo son partículas finamente trituradas, que tienen su origen en la descomposición de las rocas vecinas. Nuestra estancia en estas islas duró cuatro semanas, durante las cuales no observamos más que un altibajo de la marea en veinticuatro horas. No sé si esto es universal, pero he sido informado por marineros familiarizados en estos mares, que generalmente sucede así; si se puede confirmar que es así, sería un fenómeno muy singular.

No hubo un día en que no cayera nieve o se formara hielo en nuestras cubiertas, y durante el tiempo que estuvimos entre las latitudes de 60° y 70° sur, y 54° y 101° de longitud oeste, que fueron más de dos meses, la corriente tenía considerable velocidad

<sup>30</sup> Esta frase tampoco aparece en la reimpresión de Fanning. Probablemente porque se refiere a la descripción del *Paradoxa boltoni*, que tampoco fue incluida.

de sudoeste a nordeste. Los vientos predominantes también fueron del oeste, más comúnmente del suroeste y noroeste.

El color del basalto es generalmente de un negro verdoso. Los prismas son de cuatro a nueve lados, pero lo más común, sin embargo, es de sólo seis, y de tres a cuatro pies de diámetro; Su mayor longitud, en posición vertical por encima del conglomerado subyacente, es de unos ochenta pies. Sus superficies externas están muy cerca entre sí aunque sólo ligeramente unidas, por lo que se caen continuamente con el poder expansivo del agua que se congela entre sus fisuras. Cuando se exponen a la influencia de la atmósfera, por algún período de tiempo, son, a pequeña profundidad, de un color marrón oxidado debido, sin duda, a que el hierro que contienen se oxida parcialmente: a veces están cubiertos por una fina capa de cuarzo y calcedonia.

Grupos de estas columnas se ven ocasionalmente descansando sobre sus lados, de tal manera que exhiben las superficies de sus bases, que son rugosas y vesiculares. Cuando este es el caso, generalmente se doblan, formando un gran arco con el horizonte. Al acercarse al conglomerado a unos diez o doce pies pierden su estructura columnar y asumen la apariencia de una pizarra de color oscuro, rompiéndose fácilmente en fragmentos rómbicos irregulares: esta hermosa variedad, al descender, cambia gradualmente a un color verdoso y a una estructura mucho más tosca, hasta que pasa a un amigdaloides más perfecto, las cavidades están principalmente llenas de cuarzo, amatista y calcedonia. A veces se produce un intervalo de unos cuarenta o cincuenta pies entre las columnas, cuyo espacio está ocupado por la variedad amorfa, elevada a una altura considerable contra ellas; sus bordes, en este caso, no se modifican en absoluto por el contacto.

El basalto es muy compacto y duro; el efecto producido sobre él por la acción de la lima es muy leve; el acero no provoca chispas; los fragmentos son angulosos, con una fractura concooidal imperfecta; su estructura es toscamente granular y desigual, y está compuesta, esencialmente, de hornblenda, feldespato y una sustancia verdosa en granos, muy parecida a la epidota. Cristales de leucita, de un tinte amarillo y rojizo, se distribuyen por toda la masa, cuyas superficies fracturadas reflejan fuertemente los rayos de luz a la vista; en algunos lugares afecta

sensiblemente a la aguja de la brújula, debido al hierro que contiene. Las vetas de cuarzo atraviesan con frecuencia la variedad más fina, algunas de las cuales contienen hermosas amatistas.

La roca base de estas islas, hasta donde pude descubrir, es el conglomerado, que subyace al basalto. Se compone, generalmente, de dos o tres capas, de unos cinco pies de espesor cada una, que descansan una sobre la otra y se sumergen hacia el sudeste en un ángulo de doce a veinte grados. Estas capas están divididas por fisuras regulares en grandes mesas rómbicas, muchas de las cuales parecen haberse caído recientemente, y ahora yacen dispersas por las laderas inclinadas de las colinas, de modo que los estratos, cuando se ven aflorar debajo del basalto, presentan una fila ligeramente arqueada de proyecciones angulares de cierta magnitud y de extensión considerable.

Los estratos se componen principalmente de fragmentos irregulares y angulosos de una roca cuyo ingrediente principal parece ser la tierra verde, dispuesta con una estructura granular y pizarrosa, unida por un cemento arcilloso; toda la masa, al ser humedecida con el aliento, despiden un fuerte olor de esa tierra. La parte superior de este conglomerado, en unos pocos pies, es de un color verde sucio, y parece estar construida por el paso del amigdaloides en la roca, predominando los fragmentos verdosos. Están unidas entre sí principalmente por zeolita, de un hermoso color rojo claro o anaranjado, junto con algo de cuarzo y calcedonia. Pocos cristales de cal hacen que muestre una ligera efervescencia en algunos lugares. Estos minerales parecen reemplazar en gran medida al cemento terroso. Al descender unos pocos pies más, los fragmentos verdes disminuyen gradualmente en número y se vuelven comparativamente raros; /64/ los minerales también ceden su lugar al cemento hasta que toda la masa termina por debajo en una fina sustancia arcillosa, con una estructura imperfecta, pizarrosa, y un aspecto marrón español.

Siendo esta roca mucho más blanda en su naturaleza que el basalto, y más afectada por los agentes descomponedores, en consecuencia, el número de fragmentos es proporcionalmente mayor y mucho más pulverizado, formando el poco suelo que soporta algunos de los trozos dispersos y escasos de la vegetación en estas islas.

Los minerales en esta roca se limitan a su parte superior, donde se une y pasa al amigdaloides incumbente, muchos de ellos son también comunes en esa roca. Se componen principalmente de cuarzo, cristalino y amorfo; amatista, calcedonia, cachalonga, ágata, jaspe rojo, espato fésico, zeolita, espato calcáreo en cristales rómbicos, sulfato de barita, un cristal diminuto parecido a la espinela negra, azufre de hierro y carbonato verde de cobre.

La única aparición de un resto orgánico que vi fue un fragmento de madera carbonizada, incrustado en este conglomerado. Estaba en posición vertical, de unos dos pies y medio de largo y cuatro pulgadas de diámetro; Su color era negro, exhibiendo una fina estructura leñosa; los círculos concéntricos son claramente visibles en su extremo superior; a veces da chispas con el acero, y burbujea ligeramente en ácido nítrico.

Hay una serie de volcanes activos en las cercanías de estas islas, indicio de aquello son los trozos de piedra pómez que se encuentran esparcidos a lo largo de la playa. El capitán Weddell<sup>31</sup> vio humo que salía de las fisuras de la Isla de Bridgeman, a pocas leguas al N. E. de la Tierra de Palmer<sup>32</sup>, situada un grado al sur: Lo poco que se sabe es que hay varios volcanes sólo una pequeña parte de su costa septentrional. También la isla Decepción, una de este grupo, tiene manantiales hirvientes y una sustancia blanquecina como feldespato derretido, salida de algunas de sus fisuras<sup>33</sup>.

Los fragmentos rocosos de estas islas son muy duros y poco propensos a la influencia desintegradora de la atmósfera, y rara vez, en efecto, están sujetos a un poder capaz de agitarlos lo suficiente como para eliminar incluso la agudeza de sus ángulos, por lo que sólo una pequeña cantidad de suelo se puede encontrar en cualquier parte, y cuando se descubre, al estar desprovista de los ingredientes necesarios que dan espesor a la tierra en otras partes, no ofrece más que unos pocos parches dispersos de vegetación, que parecen luchar duramente por la pequeña parte de vitalidad que disfrutan. La *Usnea fasciata* Torrey<sup>34</sup> es la más común<sup>35</sup>. Una especie de *Polytrichum*<sup>36</sup>, semejante al *alpinum* de Linneo<sup>37</sup>, uno o dos líquenes y un fucus<sup>38</sup> que se encuentran en el mar, a lo largo de las costas; si se añade a estos una planta ocasional de una pequeña especie de avena, se completa el catálogo botánico de las islas.

Los únicos animales vertebrados que se han observado en estas islas son muy pocos ejemplares, y se limitan a los anfibios carnívoros de Cuvier; todos ellos comprendidos en el género *Phoca*. El *Phoca leonina* Lin. (Elefante marino)<sup>39</sup> es el más grande de la especie, a veces alcanza la longitud de veinticinco pies y es de proporciones regulares. Estos animales son notables por la poderosa fuerza de sus mandíbulas. Cuando son atacados y heridos de manera que no pueden llegar al mar, en la lucha, ya sea por agonía o por rabia, no es raro que tomen piedras de tamaño considerable con la boca y las rompan en varios fragmentos con los dientes y a veces se apoderan de la lanza,

<sup>31</sup> James Weddell (1787-1834) marino, navegante y lobero inglés, realiza su primer viaje a los mares australes en 1819. En su segundo viaje, entre 1821 y 1822 se dirige a las Shetland del Sur donde encontrará que la población de lobos finos ha disminuido notablemente, y se dirige a las Orcadas del Sur. En su tercer viaje, buscando nuevos lugares de caza, alcanza la latitud 74° S, la más austral hasta ese momento.

<sup>32</sup> La Tierra de Palmer originalmente era el nombre dado por los estadounidenses a la Península Antártica, denominada por los británicos Tierra de Graham, por los argentinos Tierra de San Martín y por los chilenos Tierra de O'Higgins [71° 30' S, 65° 00' O]. En 1964 se acordó nombrar a la parte sur de la península Tierra de Palmer y a la parte norte Tierra de Graham (Alberts, 1995, p. 554).

<sup>33</sup> La isla Decepción, con una superficie aproximada de 100 km<sup>2</sup>, tiene forma de anillo y se encuentra situada a unos 100 km al norte de la Península Antártica [62° 57' S, 60° 38' O] (Alberts, 1995, p. 179).

<sup>34</sup> Nota del autor. En el Diario de Silliman, volumen 6, página 164, está descrita de manera imperfecta debido al mal estado del espécimen [se trata de Silliman, 1820].

<sup>35</sup> Es una especie de líquen que se encuentra distribuida por el Océano Austral, en áreas subantárticas y antárticas, cuyo nombre sigue vigente.

<sup>36</sup> Es un género de musgos, llamado habitualmente musgo de pelo que contiene unas 70 especies distribuidas de manera cosmopolita.

<sup>37</sup> Se refiere probablemente al musgo *Polytrichum alpinum* Hedwig 1801, denominado ahora *Polytrichastrum alpinum* (Hedwig) G. L. Smith 1971.

<sup>38</sup> Fucus es un género de algas pardas (clase Phaeophyceae) que se encuentra en las zonas intermareales de las costas rocosas.

<sup>39</sup> Por la descripción se refiere a *Mirounga leonina* o elefante marino del sur, llamado por Linneo *Phoca leonina*.

rompiéndola instantáneamente, o bien doblándola de tal manera que la hacen completamente inútil. El leopardo marino, *Phoca vitulina* Lin. (Lobo marino fino)<sup>40</sup>, no es tan grande, sin embargo es un animal mucho más hermoso. Fue una vez muy numeroso pero casi fueron exterminados por los loberos en el momento en que se descubrieron por primera vez estas islas. Hay también una cuarta especie, de la que no recuerdo haber tenido antes la menor noticia<sup>41</sup>. Probablemente no sea común, ya que vi solo uno; estaba de pie sobre las extremidades de sus patas delanteras, con la cabeza y el pecho perfectamente erguidos, el abdomen curvado y apoyado en el suelo; La cola también estaba en posición vertical. El animal, en esta actitud, tenía una semejanza sorprendente con las representaciones que frecuentemente encontramos de las sirenas y creo que fue, sin duda, uno de los animales de este género que dio origen a la fábula de la doncella del mar. Lamento no haber podido tener una vista más cercana de este interesante animal. Cuando me acerqué a menos de cien pies, se arrojó y se dirigió rápidamente hacia el mar. Parecía tener unos doce o quince pies de largo, y claramente más delgado en proporción que cualquiera de las otras especies, tanto que al moverse, su cuerpo parecía perfectamente ondulado. Algunos de los marineros los habían visto con frecuencia en un viaje anterior, y mencionaron que eran conocidos entre los loberos con el nombre de serpiente marina por esta circunstancia. Me trajeron algunos de los dientes que habían sido recogidos en la playa; La corona de los molares es profunda y de cinco lóbulos<sup>42</sup>.

Cuando estos animales llegan a las costas con el propósito de reproducirse o mudar su pelo, se encuentran en buenas condiciones. Durante este

tiempo no necesitan alimento, subsistiendo por la absorción de su materia grasa: si se matan en este período, generalmente se encuentra una cantidad de pequeñas piedras en el estómago, tragadas muy probablemente con el propósito de mantener ese órgano distendido y evitar que sus superficies internas se adhieran entre sí. Cuando llega la temporada de regreso al mar, estas piedras son expulsadas a la playa, y proceden en busca de su alimento ordinario, que son principalmente pingüinos.

Un carácter singular en el hábito de estos animales es la facultad que tienen de derramar lágrimas cuando se les molesta de alguna manera. Los ojos se humedecen, y las grandes lágrimas brotan unas a otras en rápida sucesión sobre sus rostros arrugados crean una gran simpatía en el corazón del espectador.

De los cetáceos que habitan el océano, entre estas islas, es muy numerosa la *Balaena physalis* (rorcual común)<sup>43</sup> con un vientre liso: la *Balaena mysticeus* (ballena franca)<sup>44</sup> se ve ocasionalmente. Los grampus<sup>45</sup> y los delfines son bastante comunes, y una especie de marsopa, que no había visto antes, se encuentra en grandes cantidades. Desde su aparición en el agua, su color parece oscuro, con una línea blanca ancha, algo ondulada, que se extiende desde la parte posterior e inferior de la cabeza, hacia atrás y hacia arriba, hasta la aleta dorsal; una segunda y similar comienza en el abdomen, inmediatamente debajo de la terminación de la primera, y finaliza arriba, en el origen de la cola. Estas marcas son claramente visibles mientras se deslizan por el mar. Los marineros los llaman mofetas de mar. Me han dicho que están confinadas a las altas latitudes del sur<sup>46</sup>.

Las aves que frecuentan estas islas son mucho más numerosas que cualquiera de las otras clases

<sup>40</sup> Por ese nombre, *Phoca vitulina* hoy se conoce a la foca común, pero la descripción parece referirse, más bien, al lobo fino de dos pelos, sea *Arctophoca gazella* o *A. australis*.

<sup>41</sup> En realidad, debería hablar de "una tercera especie" porque previamente se había referido solo a dos, el elefante marino y el lobo fino o de dos pelos.

<sup>42</sup> No se puede determinar la especie de pinípedo que está describiendo Eightes en esta oportunidad. Puede corresponder a un macho de lobo fino antártico, pero es difícil asegurarlo con los detalles que entrega.

<sup>43</sup> *Balaena physalis*, ahora *Balaenoptera physalis* o ballena de aleta, es el segundo animal más grande del planeta, solo superado en tamaño por la ballena azul, *B. musculus*.

<sup>44</sup> El nombre *Balaena mysticeus*, ahora *Balaena mysticetus* se usa para denominar a la ballena boreal o ballena de Groenlandia, que habita solo en el hemisferio norte, en aguas árticas o subárticas. La ballena franca que se observa ocasionalmente en las Shetland del Sur corresponde, sin duda, a *Eubalaena australis* o ballena franca austral.

<sup>45</sup> Se llama grampus o calderones a un tipo de delfín de gran tamaño entre los que se destaca el *Grampus griseus* o calderón de Risso, que se encuentra distribuido por los mares tropicales, templados y subpolares en todo el planeta.

<sup>46</sup> Este cetáceo podría corresponder a *Phocoena dioptrica*, llamada también marsopa de anteojos, que vive la región de aguas frías que rodea la Antártica.

de animales. Hay cinco especies de pingüinos. El *Aptenodytes patagónico* Lin.<sup>47</sup> (Pingüino rey)<sup>48</sup> es la especie más grande y lejos la más hermosa; puede verse en grandes cantidades, cubriendo las costas en una extensión considerable. Tienen una apariencia notablemente limpia; ni por un momento se permite que una mota de ninguna especie manche la pura blancura de la parte principal de su plumaje; su posición erguida, su limpieza uniforme y su hermosa corbata de color amarillo dorado contrastan con el fondo oscuro que los destaca, de modo que no es inadecuada la semejanza que los compara con un regimiento de soldados inmediatamente después del desfile. Las hembras ponen un solo huevo en el suelo desnudo, que es bastante mayor que el de un ganso y de aproximadamente el mismo valor como alimento, pero difiere un poco en la forma, siendo más ahusado en su extremo más pequeño. El huevo se encuentra entre las patas y la cola es lo suficientemente larga como para ocultarlo eficazmente de la vista. Cuando uno se les acerca, se alejan con un paso de pato, haciéndolos rodar sobre la superficie lisa del suelo, de modo que una persona que no esté familiarizada con este hecho podría pasar entre cientos de ellos sin descubrirlo. El *Spheniscus antarcticus* Shaw (pingüino de colonia)<sup>49</sup> es más numeroso que cualquiera de las otras especies, se reúne en vastas congregaciones, ocupando las suaves franjas de llanura de una milla o más de extensión: al pasar a través de ellas, apenas te dejan suficiente espacio, picoteándote las piernas y manteniendo una charla continua. Toda su apariencia, mientras caminas,

trae poderosamente a la memoria la historia de Gulliver, caminando entre los liliputienses. Los *Chrysocoma saltator*, *C. torquata*, *C. catarractes* Shaw, se encuentran a lo largo de la playa ocasionalmente y dispersos entre los demás<sup>50</sup>. Estas aves nadan con gran velocidad en el mar y pueden verse a varios pies de profundidad, volando en todas direcciones; a intervalos cortos sube a la superficie y se hunde de nuevo; emitiendo al mismo tiempo un sonido rápido, muy similar al producido por un disparo de una pluma partida.

Hay otras aves muy comunes: *Phalacrocorax graculus*, Shaw; *Sterna hirundo* Lin., *Diomedea exulans*, Lin. y *D. fuliginosa*, Lath., *Daption capense*, *D. antarcticum*, *D. niveum*, Shaw, *Fulmarus giganteus* y *F. antarcticus*, Shaw<sup>51</sup>. *Procellaria pelagica*, Lin.; es mucho más pequeña que cualquiera de los que he observado en otras partes del océano, y probablemente pueda ser una especie distinta: construyen sus nidos en las grietas de las rocas, en las que depositan dos huevos; y no es raro que queden enterrados debajo de la nieve; sin embargo, pronto consiguen un cómodo paso hacia la luz del día<sup>52</sup>. También son comunes ¿*Larus eburneus*? Gmel. y *Lestris catarractes*, Tem.<sup>53</sup>. *Chionis Forsteri*, Shaw, (pico en vaina)<sup>54</sup>, es la paloma blanca, tan a menudo mencionada por los marineros, como habitante de las islas del océano austral; se captura fácilmente con la mano y se domestica rápidamente. Conservamos algunas de ellas varios días después de salir de estas islas; corrían por las cubiertas del barco, aparentemente sin disposición alguna

<sup>47</sup> Nota del autor. Para una descripción más detallada de los animales y aves aquí mencionadas debo referirme a los cuatro viajes del capitán B. Morrell Jr. y a los del capitán Edmund Fanning, dos populares obras publicadas recientemente en Nueva York [se refiere a Morrell, 1832, y a Fanning, 1833b].

<sup>48</sup> *Aptenodytes patagonicus* o pingüino rey es la segunda especie de pingüinos más grande, después del *A. forsteri* o pingüino emperador, y se distribuye por las regiones circumpolares del continente antártico.

<sup>49</sup> Denominado ahora *Pygoscelis antarcticus* o pingüino antártico.

<sup>50</sup> El género de pingüinos *Chrysocoma* fue creado por Stephens en 1826. El nombre que se usa ahora para el género es *Eudyptes* Vieillot 1816 y sirve para denominar varias especies de pingüinos con penachos, entre ellas, *Eudyptes chrysocome*, pingüino penacho amarillo del sur; y *E. crysolophus*; pingüino macaroni, que habitan en la península antártica.

<sup>51</sup> Es un listado de aves marinas que abarca cormoranes, albatros y petreles, entre las que se pueden identificar *Phalacrocorax (graculus) carbo*, cormorán grande; *Sterna hirundo*, gaviotín; *Diomedea exulans*, albatros errante, *Phoebastria palpebrata* (antes *Diomedea fuliginosa*), albatros tiznado; *Daption capense*, petrel del Cabo, *Thalassea antarctica* (antes *Daption antarcticus*); petrel antártico; *Pagadroma nivea* (antes *Daption niveum*), petrel de las nieves; *Macronectes giganteus* (antes *Fulmarus giganteus*), petrel gigante, y *Fulmarus glacialis* (antes *Fulmarus antarcticus*), petrel plateado.

<sup>52</sup> No es claro que especie de ave marina es la descrita en esta parte del texto. *Procellaria pelagica* Linnaeus 1758 se llama ahora *Hydrobates pelagica* pero su distribución es la costa atlántica europea.

<sup>53</sup> *Pagophila eburnea* (antes *Larus eburneus*) es una gaviota cuya distribución es circumpolar boreal por lo que no puede ser la que observa el autor. *Stercorarius antarcticus* (antes *Lestris catarractes*) es la skúa parda.

<sup>54</sup> Se puede tratar de *Chionis alba* o paloma antártica blanca o *Chionis minor*, paloma antártica de cara negra, ambas de distribución circumpolar austral.

a abandonarnos, alimentándose de la mano de cualquiera que les ofreciera comida.

Los moluscos son muy pocos, aunque únicos. Una especie interesante de *Pholas*, una hermosa *Nucula* y una fina *Patella*, ninguna de las cuales creo ha sido descrita, son todo lo que hemos visto<sup>55</sup>.

La existencia de un continente austral dentro del círculo polar antártico es, a mi entender, un tema de mucha duda e incertidumbre; pero hay grupos extensos o cadenas de islas aún desconocidas, creo que tenemos muchos indicios para probarlo y si tuviera que expresar una opinión diría que nuestra travesía desde las Shetland del Sur hacia el S.O., hasta que alcanzamos los 101° de longitud oeste, no fue a gran distancia de las costas septentrionales de una de estas cadenas. Las densas nieblas que nos rodeaban tan a menudo no podían provenir de otra fuente que no fuera de la influencia de grandes cantidades de nieve o de hielo sobre la temperatura de la atmósfera. Las montañas de hielo flotante que encontramos no podían formarse en otro lugar que no fuera en la tierra firme. Los *fuci* a la deriva que veíamos a diario<sup>56</sup>, crecen sólo en las proximidades de las costas rocosas; los pingüinos y gaviotas que estaban a nuestro alrededor en casi todo momento, estoy convencido, por mi observación de sus hábitos, de que nunca abandonan la tierra a una gran distancia.

Durante nuestro crucero hacia el suroeste, por encima de los 60° de latitud sur, encontramos que la corriente se hunde continuamente a un ritmo considerable hacia el noreste, arrastrando a lo largo de su curso plantas y hielos, algunos de ellos abrazando fragmentos de una roca cuya existencia no pudimos encontrar en ninguna parte de las islas que visitamos. Cuando los vientos del oeste soplaban hacia el sur, la mayoría de las veces estábamos envueltos en bancos de niebla, tan densos que apenas podíamos distinguir los objetos a una cierta distancia del barco. Cuando se explore adecuadamente la Tierra de Palmer, junto con las islas conocidas, situadas entre la longitud del cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, creo que resultará

ser el extremo nororiental de una extensa cadena que pasará cerca de donde se encontraba el máximo avance del Capitán Cook, detenido por los fuertes campos de hielo, en latitud 71° 10' S. y longitud cercana a los 105° O. Si ese hábil navegante hubiera logrado penetrar esta masa de hielo, sin duda, en poco tiempo, habría llegado a la tierra sobre la que se formaron. El capitán Weddell, después de atravesar la barrera helada al este de las Shetland del Sur, logró alcanzar los 74° 15' S (la latitud más alta jamás alcanzada por el hombre) y encontró, al cruzar esta cadena, y avanzar hacia el al sur, que el mar estaba más libre de hielo y el clima casi tan templado como el del verano; creo que esto demuestra evidentemente que es posible acercarse al polo sur sin incurrir en ningún gran riesgo en el intento.

Para mayor información sobre la posibilidad de llegar al Polo Sur debo referirme a las juiciosas observaciones del Capitán Edmund Fanning, de Nueva York, contenidas en su relato de varios viajes realizados al océano Austral, con las que coincido perfectamente; y concluiré con pesar que el gobierno de los Estados Unidos, con una población cuyo audaz emprendimiento ha llevado nuestra bandera a los rincones más remotos del mundo, aún no ha podido ser convencido a enviar una expedición, cuyo gasto poco excedería el de un barco que tiene que doblar el cabo de Hornos. De este modo se podría resolver esta interesante cuestión y también determinar, con certeza, la situación, magnitud y extensión de estas tierras, y por ese medio abrir una nueva fuente de ingresos para el país, con el aceite y las pieles de animales que necesariamente deben existir en estas regiones de latitudes altas meridionales.

*PÁGINAS DE UN DIARIO INÉDITO*<sup>57</sup>,  
*ESCRITO POR JEREMIAH N.*  
*REYNOLDS, ESQ., MIEMBRO DE LA*  
*EXPEDICIÓN A LOS MARES DEL SUR*

El decimonoveno<sup>58</sup> fue el primer día que nos recordó las altas latitudes en las que estábamos

<sup>55</sup> *Pholas* y *Nucula* son géneros taxonómicos de moluscos marinos bivalvos de la familia Pholadidae y Nuculidae; *Patella* es otro género taxonómico pero de moluscos marinos gasterópodos de la familia Patellidae.

<sup>56</sup> *Fuci* es el plural en latín de *Fucus*, nombre que se usaba para designar un género de algas pardas.

<sup>57</sup> Este escrito fue publicado en 1838 como *Leaves from unpublished Journal*, en la revista *The New York Mirror*, N° 15 (21 de abril de 1838), pp. 340-341. Se reimprimió un par de semanas después en el periódico *Universalist Union*, Vol. III, N° 27 (Nueva York, NY), 12 de mayo de 1838.

<sup>58</sup> Se refiere al 19 de enero de 1830.

entrando<sup>59</sup>. Nos encontrábamos ahora, por observación, en cincuenta y nueve grados y medio, al sur del Ecuador. El viento, cambiando hacia el suroeste, trajo consigo una fresca penetrante y escalofriante, que nos convenció de que, aunque venía desde la Antártica, lograba permanecer entre los poderosos cristales flotantes que levantan sus brillantes conos en las regiones que rodean el polo. Los buques ahora se deslizan con mayor rapidez; las tormentas de nieve y aguanieve se vuelven más gruesas a nuestro alrededor y se hace necesaria una mayor vigilancia para evitar la separación de la flota. Nuestros sentimientos están cada vez más excitados con cada zambullida de la nave. Nos gustaba sentir la elasticidad que dejaba después de cada ola rugiente y silbante, en la medida en que cada una lo llevaba hacia regiones que para nosotros eran desconocidas. La temperatura del aire había caído gradualmente a cuarenta grados y la del agua a treinta y ocho grados<sup>60</sup>.

En el vigésimo día, sabiendo que, según nuestros cálculos, estábamos en las vecindades del extremo nororiental de las islas Shetland, mantuvimos una vigilancia incesante por la tierra. La niebla era densa y permanecía sobre la superficie del agua; por lo que nuestra perspectiva estaba muy circunscrita y se hizo necesario organizar a nuestros hombres para mantener guardia perpetua de las masas de hielo que ocasionalmente se veían flotando cerca de nosotros; lo que auguraban la vecindad de algunas de esas inmensas e imponentes islas de hielo que le otorgan tanta grandeza a estas regiones y presentan un interés peligroso para los viajes polares. Se ha dicho que un cierto grado de oscuridad tiende a favorecer y aumentar la sublimidad sobre la que se reúnen. En esta ocasión, es cierto, se sumó el sentimiento de curiosidad que pronto sería satisfecho. Mientras el vapor se elevaba gradualmente desde el sur, fuimos sorprendidos por el aspecto de una mancha blanca y brillante que se expandía en círculo en el horizonte

como si el tímido y gris crepúsculo de la mañana se rompiera al retirarse las sombras de la noche, mientras que la tenue radiación del sol parecía apenas suficiente para penetrar el velo de niebla que descansaba sobre el mar. Pronto nos dimos cuenta que era el *parpadeo* de una serie de icebergs, de gran tamaño, cuyas cumbres estaban envueltas en nieve. Más allá de su posición, se elevaba, en agujas de roca y hielo aún más altas, el punto noreste de la isla Barrow<sup>61</sup>; no fue posible distinguir el término de esas eminencias, que de cerca parecían nubes blancas y lanosas, que las envolvían. El aire llegó a ser tan ligero que el movimiento de los barcos era apenas perceptible mientras pasábamos lentamente a sotavento de la isla y los icebergs.

Toda la isla de Barrow, que forma el extremo nororiental del grupo Shetland, aparecía paulatinamente ante nosotros mientras la niebla se disipaba. Estábamos a unas dos leguas de la tierra<sup>62</sup> y como no había viento suficiente para permitirnos llevar los barcos hacia ella, recalamos con los botes a la orilla. Los agrestes y poco definidos aspectos de la costa dieron origen en nuestras mentes, mientras nos acercábamos, a las emociones más apasionantes de las que podrían haber generado los prados más bellos y sombreados. A este dominio de soledad y desolación se agregó un interés adicional debido a la ausencia de vegetación así como de cualquier ser animado, salvo una gaviota, que lanzó su grito melancólico desde su nido entre los acantilados, lo que sumaba más tristeza a la escena.

Mientras el vapor continuaba alejándose, un resplandor claro, frío, amarillo, brillaba sobre el mar, y el sol apareció en un flujo de esplendor deslumbrante, que se reflejó y multiplicó en miles de cumbres brillantes de hielo y nieve. ¡Un mundo nuevo parecía emerger sobre nosotros por todos lados! Nadie, por flemático e insensible que sea, podría haber contemplado la gloria y la refulgencia que nos rodeaba por primera vez, sin emoción. Habíamos

<sup>59</sup> Jeremiah N. Reynolds, iba, como ya lo hemos señalado, a bordo del bergantín *Annawan*, conducido por el capitán Nathaniel Palmer.

<sup>60</sup> El autor de refiere a grados Fahrenheit (°F), no a grados Celsius (°C). 40°F equivale a 4,5 °C y 38°F a 3,3°C.

<sup>61</sup> El nombre de isla Barrow no corresponde actualmente a ninguna de las Shetland del Sur. ¿Cuál es el nombre vigente de la isla descrita por Reynolds? Creemos que se trata de la isla Elefante [61° 08' S; 55° 07' O], sobre todo si tomamos en cuenta lo indicado en la bitácora de la goleta *Penguin* que viajaba en compañía con el *Annawan* (Alberts, 1995, p. 216).

<sup>62</sup> Una legua equivale a 4,8 km.

leído a menudo, en las últimas narraciones de Ross, Parry, y Franklin<sup>63</sup>, sobre la majestuosidad y belleza de las regiones polares -de las tremendas montañas de hielo, de las islas flotantes que se ciernen sobre las nubes. Llegando a profundidades insondables, “desoladas en sus mortajas brumosas”. Un amor por la aventura, desde el afán con que la habíamos apreciado, se convirtió casi en la pasión-maestra de nuestra alma. Había pocos encantos para nosotros en climas más suaves y aires más amables. Durante mucho tiempo habíamos suspirado por contemplar los reinos de la nieve y el “hielo de nevaduras gruesa”, y ahora, por primera vez, estábamos bajo la sombra, y respirando el aliento frío de los icebergs polares. Estaban adelante y alrededor de nosotros, mostrándonos todo lo que alguna vez habíamos soñado de su terrible grandeza y majestuosidad. Por la tarde, una profunda calma, salvo el ligero murmullo ocasionado por las mareas, se había asentado en el océano. En este momento, los enormes montículos estaban flotando, bajo todas las variedades concebibles de figuras, blancos e inmaculados como el alabastro más puro.

“¡Ahí sopla!, ¡se pone de cola!”, exclamó de repente un marinero, que había estado, aparentemente perdido en su contemplación, sentado sobre el bauprés del *Annawan*. Cada ojo fue inmediata e instintivamente girado en dirección del marinero emocionado, cuando una multitud de ballenas, dirigiéndose hacia el barco, llamaron de inmediato nuestra atención. Jack fue antes un ballenero y la exclamación, provocada por la aparición de estos enormes habitantes del mar, era, a la vez, natural e involuntaria. Mientras se acercaban a nosotros, era divertido observar sus torpes brincos mientras levantaban sus tremendas colas con una sacudida repentina, y se sumergían para alimentarse de medusas y camarones, tan abundantes en estas regiones, o proyectaban en el aire grandes columnas de agua, silbando e hirviendo por la fuerza con la que eran propulsadas. Una vieja ballena de aleta surgió directamente debajo de la proa del bergantín, y se levantó a una cierta distancia del agua, como si estuviera decidida a probar el peso y la destreza del nuevo intruso en regiones donde probablemente había reinado y dominado de manera indiscutible durante más de medio siglo.

La colonia de pingüinos fue lo siguiente que atrajo nuestra atención. Se reunieron y revolotearon alrededor del buque en bandadas imposibles de contar. Parte de la orilla estaba literalmente cubierta con este pájaro. En el agua, sus movimientos eran más bien los de un pez que los de cualquier otra criatura alada; Están continuamente sumergiéndose y emergiendo, como un cardumen de marsopas antes de una tormenta. Más de la mitad del tiempo están bajo la superficie. A medida que nos acercábamos a la isla, su orilla parecía singularmente escarpada y abrupta, alternando formaciones de roca y cuerpos ininterrumpidos de hielo. Entre los muchos espectáculos emocionantes que presenciamos se encuentra la caída en pedazos de un inmenso iceberg que se separó de la montaña ante la calidez de un viento que llevaba en sus alas más verano que cualquiera que hayamos experimentado antes y se estrelló en el océano con un sonido con el que ningún otro en la tierra puede compararse.

Pero en un lugar donde pudimos alcanzar la orilla, logramos capturar un pesado elefante marino. El macho de esta especie tiene una sustancia cartilaginosa que se proyecta de la nariz unas seis o siete pulgadas; y de esta peculiaridad deriva su nombre, ya que su propósito parece ser similar al de la trompa de un elefante. A veces el macho mide más de veinte pies de largo y más de dos brazos alrededor del cuerpo; mientras que la hembra nunca tiene la mitad de ese tamaño, y tienen un parecido con los lobos marinos de un pelo. En sus movimientos en el mar y en tierra, se observa un contraste sorprendente: el primero es lento y poco agraciado, mientras que estos últimos son rápidos, sagaces y elásticos. El elefante marino rara vez corre o se vuelve en las peleas. El lobo marino de dos pelos es diferente. Pero cuando el palo de caza se levanta por encima de su cabeza, o la lanza apunta a su corazón, simplemente levanta sus ojos llorosos con una mirada de súplica a su asesino, y espera el golpe mortal con la renuncia de un mártir. Una ligera brisa comenzó a crisar la superficie del agua cuando regresamos a los buques. En consecuencia, pudimos alejarnos hacia el oeste, bajo una vela fácil. La noche fue inusualmente densa de modo que, a pesar de todos nuestros esfuerzos para evitarlo,

<sup>63</sup> Se refiere a los marinos británicos y exploradores del Ártico John Ross [1777-1856], William Edward Parry [1790-1855] y John Franklin [1786-1847].

nos separamos de la compañía del *Penguin*, y no volvimos a verlo hasta la tarde del siguiente día.

Después de reunirnos con nuestro consorte, nos dirigimos a un grupo de rocas a la vista al suroeste de la isla Barrow. Sin embargo, habría sido riesgoso acercarnos a ellas con los buques; en consecuencia, decidimos reconocerlos en nuestros botes. Estos riscos se llaman Seal Rocks<sup>64</sup>. Constituyen un grupo de islas en aproximadamente cuatro millas de circunferencia, y parecen ser las ruinas desintegradas de una isla lavada por la acción el pesado e incesante de un mar helado. Por todas partes han quedado picos escarpados y en espiral, que se elevan de uno a cuatrocientos pies sobre las aguas tumultuosas, que se dispersan y espuman entre los canales oscuros y estrechos. Tratando de navegar por uno de estos pasajes restringidos, nos encontramos con un pequeño accidente. Nuestro bote, mientras se apresuraba por la corriente tumultuosa con la velocidad de un caballo de carreras, se encontró con un remolino opuesto y, levantándose perpendicularmente por el choque, volcó de forma instantánea. Fuimos arrojados sobre una pequeña playa al pie de una de las rocas, nadar por alcanzarla era prácticamente inútil.

Llegamos, durante la tarde, a otra pequeña isla, situada al sur de Seal Rocks, pero que nunca se ha sido pisada o descrita, en ninguno de los todavía muy insatisfactorios mapas del grupo. Que se vuelve notable por la presencia de una columna de roca que se eleva perpendicularmente, a una altura de trescientos cincuenta pies, mientras que no supera los cincuenta pies de ancho y los veinte de grosor. Este elevado pilar natural, casi podría imaginarse como una vasta lápida, bajando sobre el sepulcro de algún dios del océano. Mientras la noche se extendía a nuestro alrededor, una calma se instaló sobre el océano y las velas relajadas ondeaban cansina y pesadamente contra los mástiles, como las alas cansadas de algún pájaro gigantesco que rueda lenta y perezosamente sobre las olas.

Durante la noche, nos desviamos, por la fuerza de la corriente, varias leguas, y fue una gran sorpresa encontrarnos, cuando la niebla se disipó en la mañana del veintidós, completamente cercados por icebergs, una parte de ellos en movimiento, otros detenidos, que nos acechaban como montañas

a nuestro alrededor. Nos debimos haber deslizado dentro de los movimientos de algunos de ellos cuando la negrura de la oscuridad que nos rodeaba nos impidió ver sus ahora relucientes cumbres.

No podíamos pensar en irnos de la isla Barrow, sin un mejor conocimiento de su posición y peculiaridades; pero, al mismo tiempo, no se consideraba seguro para los buques acercarse más la costa, debido a las masas de hielo y riscos que la rodeaban y que estaban constantemente envueltos en una niebla de rocío, de las olas que rompían en sus lados escarpados. No teníamos más alternativa que desembarcar desde los botes. Las pruebas y las dificultades de las excursiones en botes, al sur de la latitud sesenta grados, eran algo con lo que aún no estábamos familiarizados.

La aventura prometía novedad, y su propio peligro le dio un interés más emocionante; porque “si un camino conocido es peligroso, el peligro mismo es solo un señuelo”.

A pesar de la ansiedad de nuestra apurada partida, no nos olvidamos, sin embargo, de llevar con nosotros un hervidor de campaña, un yesquero, algunos mosquetes, palos loberos, y un pequeño suministro de provisiones. Tomamos estos artículos como una medida de precaución ya que posiblemente podríamos vernos obligados a “acampar”, como dicen los cazadores de lobos, y por lo tanto, permanecer fuera durante toda la noche; aunque tal necesidad no estaba dentro de los planes de nuestra excursión. Cogimos nuestros remos, y, estando la isla en el lado noreste, distante unas tres leguas, pusimos nuestro rumbo hacia el oeste, y nos dirigimos rápidamente a la orilla. Cuando nos acercamos, encontramos, en un segmento de costa de varias millas de extensión, sólo dos o tres lugares donde era factible desembarcar e incluso en estos puntos estábamos obligados a saltar del regazo del bote, mientras el mar en ascenso llevaba su proa en estrecho contacto con un acantilado sobresaliente. La orilla, constituida de roca y hielo sólido, era particularmente difícil; de hecho, el mar se elevó tan perpendicularmente desde el borde del agua que un desembarco en la isla era completamente imposible. Aunque nos cansamos del esfuerzo hecho para lograrlo, no pudimos desembarcar sin el peligro de poner las

<sup>64</sup> Con este nombre [Las Rocas de los Lobos] se conoce a un grupo de pequeñas islas y rocas que se encuentran entre 3 y 6 millas al noroeste de la isla Elefante [60° 58' S, 55° 24' O] (Alberts, 1995, p. 659).

duelas del bote contra los riscos inclinados y afilados. Pero la consideración más preocupante era que si hubiésemos logrado llegar a algún lugar apropiado no habríamos podido pasar la noche allí sin el peligro de quedar enterrados bajo las avalanchas de nieve y hielo que constantemente se desprendían de las cumbres ensombrecidas en las que reposaban.

Mientras nos deslizábamos a través del agua bajo “remos fáciles”, el viento cayó repentinamente sobre nosotros, y una niebla como la noche de Egipto nos envolvió en su lúgubre velo. El mar comenzó a subir y las olas tronaron contra las rocas con violencia inusitada. Intentar devolvernos a los buques habría sido un acto de locura porque estaba claro que, desde el lugar al que el viento nos había arrastrado, sus capitanes sólo considerarían su propia seguridad, poniéndose de inmediato en el mar, para evitar las inminentes masas de hielo por las que estaban rodeados. Por lo tanto, nos mantuvimos lo más cerca posible de la costa, observando de cerca cada hendidura donde se pudiera esperar refugio porque cada momento que pasaba servía para aumentar el aspecto oscuro y amenazante de los elementos.

Bien entrada la tarde, después de una laboriosa lucha durante más de quince millas, tuvimos la suerte de descubrir una playa estrecha, en la que pudimos desembarcar. Sin embargo, incluso aquí, el océano se quebró en oleadas blancas y crecientes, con un sonido como la descarga continua de artillería. Lo avanzado de la hora impidió un examen más profundo, y nos preparamos para aprovechar la oportunidad de obtener seguridad y descanso. Por unos pocos momentos descansamos sobre nuestros remos, a unos doscientos metros del lugar donde nos proponíamos desembarcar, hasta que pudimos pasar por encima de las enormes olas que se agitaban pesadamente debajo de nosotros. Entonces las palabras: “¡Firmes, muchachos, firmes!, ¡se inclina!, ¡se inclina!, ¡prepárense para saltar, en el instante que toque la orilla!” y, mientras nuestras duras espadas cortaban el agua, las olas parecían atadas una con la otra, como una “cosa de la vida”. Dirigir un bote en medio de las subidas y saltos de las olas, no es, de ninguna manera, una tarea fácil; pero, con una gestión adecuada y hábil, por lo general, se pueden evitar las desastrosas consecuencias. Los hombres deben mantenerse firmes y estables en sus asientos, los remos fuera de las olas, y el bote directamente

bien equilibrado. El salto debe hacerse en forma simultánea con la llegada de la embarcación a tierra, la que, entonces, debe ser sacada inmediatamente del agua y llevada a una distancia segura de la orilla.

De esta manera, llegamos todos a la estrecha playa sin más daño que una inmersión completa; pero estando mojados, helados e incómodos ¿qué usaríamos como combustible para calentarnos? Que esta isla desolada, en cuyos helados surcos ninguna vegetación ha brotado deba ser nuestra morada para pasar la noche, era, por supuesto, una cuestión inevitable. “Le baste a cada día su maldad”, fueron las palabras de la sabiduría divina, hace unos dieciocho siglos atrás; no son menos aplicables a la época en que vivimos, que cuando fueron pronunciadas. Sin embargo, ¿con qué frecuencia el hombre se preocupa con el pensamiento sobre los males que no está destinado a experimentar? No recuerda, como debería, que el brazo del Creador está siempre a su alrededor y que, en todas las circunstancias, y en cada lugar, se percibe una atención incesante a sus necesidades. En la presente ocasión, como en muchas otras más, este cuidado protector era evidente, pero tal vez poco apreciamos porque se ejerce a través de medios en sí mismos simples y naturales.

El último bote había sido sacado de las olas, la desolación de nuestra situación. Las perspectivas comenzaban a pesar mucho en nuestros corazones, observamos, a poca distancia en la misma playa, una pequeña colonia de elefantes marinos, empujando sus cabezas hacia arriba con una fiera expresión de desafío, como si estuvieran decididos a mantener su derecho exclusivo al lúgubre y solitario lugar que habían elegido para su morada.

Pero ¿qué lugar está a salvo, qué criatura está segura, de la intrusión del hombre? Se jacta como puede de su humanidad, está en un estado de guerra perpetua con todo ser viviente que pueda satisfacer sus deseos, o consentir sus apetitos de lujos; y su camino, por casi todo el mundo puede ser rastreado por la sangre. En este caso, instigados por esa necesidad que no admite ni cuestionamiento ni demora, nos preparamos para atacar la colonia.

Es casi innecesario agregar, que las armas bien apuntadas y los vigorosos golpes de lanza pronto vencieron toda la oposición que podían ostentar las brillantes hileras de marfil; y el resultado fue la captura de seis de los animales. El éxito nos

alivió de todas las aprensiones sobre la provisión de combustible pues la grasa del elefante marino encenderá y sostendrá un fuego admirable; mientras que su lengua constituye un excelente y lujoso trozo de comida. Una expresión de gratitud y deleite ahora parecía irradiar de todos los rostros, porque nuestros deseos estaban en gran medida satisfechos; nuestra situación no podía dejar de despertar sentimientos de placeres tan intensos y absorbentes como peculiares. Era cierto que en un día o dos podría quedarnos nuestra última galleta; pero en esto la disposición de los marineros no era especular. Disfrutando del presente, no se molestaban en imaginar desgracias para el mañana y, ciertamente, esta es, después de todo, la verdadera filosofía.

Pero se requirió poco trabajo para alistar nuestros preparativos para la noche. El árabe errante, cuando es alcanzado por la oscuridad en el /341/ desierto, no puede armar en menos tiempo su tienda que el utilizado en invertir nuestros botes en la nieve y la arena congelada, y extender la lona húmeda que iba a ser nuestra cama<sup>65</sup>. Mientras la noche comenzaba a bajar a nuestro alrededor y las nubes espesas aumentaban en diez veces su oscuridad, todo auguraba una tempestad. Nuestro fuego de grasa había sido encendido sobre una plataforma de piedras y mientras nos agrupábamos a su alrededor, con el rostro ennegrecido en el denso humo oleaginoso que emitía, podríamos fácilmente haber sido tomados por un grupo de esquimales del norte o por sus homólogos, los nativos de Tierra del Fuego, que habitan el extremo opuesto de nuestro continente.

Con la llegada de la mañana comenzó a soplar un fuerte vendaval, que continuó sin tregua todo el día, lanzando las olas tan furiosa y pesadamente, que salir en nuestros botes estaba fuera de discusión. Tampoco esa medida habría sido de la menor utilidad si hubiéramos podido llevarlo a cabo ya que la isla todavía estaba envuelta en una niebla que era tan impenetrable como la oscuridad de la medianoche. En la noche recurrimos de nuevo al refugio de

nuestros botes, bajo los cuales, salvajes y lúgubres como era nuestra situación, los marineros no se olvidaron de hacer sus chistes y contar sus historias, e incluso dijeron algo sobre el hogar y “sus novias y esposas”. La ferocidad de la tormenta no disminuyó durante las horas de oscuridad. El tronar profundo de las olas mientras levantaban los enormes icebergs desde sus cimientos y los dispersaban en fragmentos, el espeluznante resplandor tártaro capturado por nuestros fuegos centelleantes que se reflejaban en los objetos que nos rodeaban, lanzaban sobre nuestro singular campamento un carácter de desenfreno y horror que, acentuado por pensamientos que se mezclaban sobre la posible duración de nuestro exilio, no era para ser descrito o incluso concebido.

Hacia el vigésimo cuarto día, las insinuaciones de un clima agradable comenzaron a aparecer entre nosotros. La ansiedad por la seguridad de los veleros y por la nuestra se sintió infinitamente aliviada por estas novedades. Llenando nuestra cocina de campaña con pingüinos jóvenes y un pájaro de la familia de las gaviotas llamada gallina de Port Egmont<sup>66</sup>, que había sido atraído hacia nuestro campamento por los restos de los elefantes marinos sacrificados, fueron colocados, a una hora temprana, sobre nuestro fuego de grasa. Después de desayunar, logramos, luego de repetidos ensayos, llevar los botes una vez más al mar; entonces, empujamos, como imaginábamos, y dimos un último adiós a nuestro rudo puerto que distinguimos con el título de Rodman's Cove<sup>67</sup>, en memoria de nuestro muy estimado amigo, Benjamin Rodman, Esq., de New Bedford<sup>68</sup>, y nos alejamos en nuestra ciega peregrinación en ir al encuentro de los buques. Apurando nuestro curso tan rápido como pudimos, nos lanzamos legua tras legua desde la orilla; pero a pesar de ello el vasto circuito del horizonte no reveló nada para nuestros esforzados ojos, sino el cielo, el océano, las nubes y las brillantes pirámides. Finalmente, reconociendo que nuestros barcos no habían regresado a la isla, nos encontramos bajo la necesidad de volver, aunque con mucha reticencia, a nuestro antiguo refugio.

<sup>65</sup> Era una costumbre bastante arraigada entre los loberos ocupar sus botes volcados para protegerse de las inclemencias del tiempo (Pearson, 2018).

<sup>66</sup> Corresponde a una especie de ave marina conocida como skúa parda, denominada *Stercorarius antarctica* Lesson 1831.

<sup>67</sup> Rodman's Cove se encuentra en la costa oeste de la isla Elefante [61° 07' S, 55° 28' O]. Ha recibido también el nombre de Emma Cove (Alberts, 1995, p. 626).

<sup>68</sup> Benjamin Rodman [1794-1876], destacado comerciante de New Bedford, MA, propietario de varios buques balleneros que operaron desde ese puerto entre 1820 y 1830.

Como el día no estaba muy avanzado, enviamos dos botes a tierra, y procedimos a examinar el punto occidental de la isla hasta que nuestra dirección fuera claramente sureste. En esta parte de la costa está la única hendidura que merece el nombre de bahía, que se abrió ante nosotros con un grado de imponente grandeza que, aquellos que nunca han visitado estas regiones de salvaje sublimidad, le resultaría difícil concebir. Nombramos a esta ensenada Southard Bay<sup>69</sup>, en honor al difunto Secretario de la Marina<sup>70</sup>, no por alguna referencia a su carácter público y de servicio, de los que tiene monumentos mejores y más duraderos, sino simplemente como evidencia de amistad y consideración.

Un cuerpo firme e ininterrumpido de hielo parecía constituir aquí la costa por más de seis millas. Se elevaba perpendicularmente desde la orilla del agua y, extendiéndose hacia atrás, parecía formar una parte material de la isla. Esta vasta colección resplandeciente probablemente se había estado acumulando durante siglos. La nieve y el aguanieve que caen y se desplazan, congelándose año tras año sobre la antigua formación, no sólo había suministrado la parte disuelta por los veranos cortos y parciales sino también añadido anualmente a la vasta y pintoresca emergencia de esta enorme masa de cristalización. Después de navegar por la base de varios icebergs y, abriéndonos paso a través del campo de hielo que flota a nuestro alrededor, llegamos a las cercanías de un arrecife largo y peligroso que obstruye parcialmente el canal entre las islas Barrow y Clarence<sup>71</sup>, siendo el punto extremo de la primera alcanzable en esta dirección. El estruendo del fuerte oleaje sobre la rompiente, mientras se derramaba desde el sur, levantaba grandes cantidades de hielo. Lanzado hacia sobre otros témpanos que avanzaban, todo el cuerpo se rompió en átomos, y una niebla, como el humo del cráter de un volcán, se arroja a las nubes en un área de muchos kilómetros. Además, dejo a la imaginación del lector representar las características salvajes de la orilla, donde los imponentes acantilados de hielo se separan con frecuencia del cuerpo principal por la ráfaga socavadora de las olas; le dejo concebir

la caída de los restos desaparecidos; el estruendoso choque de su colisión con el océano; el vórtice de la espuma y el rocío que marca dónde cayó; e incluso entonces, por ser su fantasía siempre tan vívida, no se dan cuenta de las realidades sublimes de la Antártica.

Como no podíamos ir más lejos, nos inclinamos durante un tiempo sobre nuestros remos, mirando con muda admiración las maravillas que nos rodeaban, solo moviéndonos ocasionalmente y ligeramente, para evitar el fuerte agarre del hielo que se cierra. Por la noche volvimos sobre nuestro curso hasta el antiguo lugar de campamento donde nos unimos a algunos del grupo que habían llegado antes al lugar, y, además, habían tenido la suerte de tener combustible para la noche, matando a otro elefante marino de gran tamaño.

No habíamos descubierto hasta ahora ninguna parte de la costa donde pudiésemos subir a la cumbre de la isla; y como la "puesta dorada" que el sol estaba por hacer, prometía buen tiempo para la mañana, era probable que no tuviésemos otra oportunidad, de hacer incursiones más lejanas. Por lo tanto, determinamos, como quedaban todavía una o dos horas de la luz de día, hacer una búsqueda apresurada en alguna pendiente practicable.

La altitud de la orilla en este lugar parecía estar a unos mil pies, hacia el interior tenía una elevación mucho mayor. El único punto que pudimos encontrar para un ascenso con alguna perspectiva de éxito era un ligero barranco en el que la nieve se había desplazado hasta casi la cima de las rocas. Pero era tan resbaladizo y difícil de subir pues tenía acumulaciones de hielo que bloqueaban hasta el desfiladero, que nos vimos obligados a proceder lentamente, y con gran precaución: no se podía conseguir punto de apoyo seguro, excepto haciendo hendiduras en la masa nevada con el talón o la punta del zapato.

Al llegar a la primera elevación, encontramos que nuestra situación era de no poco peligro. El callejón por el que habíamos subido trabajosamente, evitando el centro de la isla, corría en forma oblicua a la costa, y al llegar a la cima, nos encontramos

<sup>69</sup> El término Southard Bay no se han conservado como topónimos en la actualidad.

<sup>70</sup> Samuel L. Southard [1787-1842], político estadounidense que fue Secretario de Marina (1823-1829), gobernador de New Jersey (1832-1833) y senador de los Estados Unidos (1833-1842). Fue un entusiasta promotor de las exploraciones hacia la Antártica.

<sup>71</sup> La isla Clarence [61° 12' S; 54° 05' O], está ubicada en la parte nororiental de las Shetland del Sur. Junto a la isla Elefantes y algunos islotes menores forma las islas Piloto Pardo en la cartografía chilena.

colgando sobre el tremendo frente de un precipicio. El desfiladero en el que estábamos parados no tenía más de veinticuatro pulgadas de ancho. La grava y las piedras sueltas constituían el suelo, que parecía a cada momento como si estuviera a punto de desmoronarse bajo nuestros pies, y arrojarnos de nuestra precaria posición mil pies abajo en un enorme abismo. Mientras saltábamos hacia adelante, una parte del suelo suelto se separó del resto y cayó en el mar en el mismo instante que lo habíamos dejado atrás. Sin embargo, pronto obtuvimos un punto de apoyo seguro y después de superar otros dos picos, que se elevaron uno sobre otro, nos paramos por fin en lo que evidentemente era el punto más elevado de la isla.

Flotando en medio de la estupenda escena silvestre, ¡contempla nuevos mares bajo otro cielo! Entronizado en su palacio de hielo cerúleo,

Aquí el invierno sostiene su corte sin regocijo Y, a través de su espacioso salón, el ruidoso desgobierno de conducir tempestades se escucha para siempre!

El sol, en este momento a una hora de su ocaso, se hunde en un horizonte despejado y la tarde era precisamente tal como podría ser naturalmente deseada para el disfrute de una escena como esa ante nosotros. Todo lo que habíamos leído de los glaciares de los Alpes y sus tremendas avalanchas, se despertó de nuevo en nuestro recuerdo con un interés renovado mientras estábamos de pie contemplando los picos intermitentes, cruzados por barrancos oscuros y sorprendentes, que estaban sobre nosotros, por todos lados. El manto blanco que arropaba a esas montañas sin vegetación, de hecho, estaba compuesto de “nieves donde nunca pie peregrino, dio mortal pisada”.

Mucho tiempo pasará antes que el crepúsculo y la perspectiva en la que reposa se desvanezca de la memoria. No están asociados con esa simpatía emocionante, pero suavizada, de una hermosa escena calculada para inspirar; pero con sentimientos mucho más intensos y absorbentes solo generada en presencia de sublimidad y aumentado por la compañía del peligro. Aquellos que no han tenido experiencia de la escala de Titán sobre la que la naturaleza ha operado y continúa operando en estas regiones, no puede tener una concepción de la grandeza indescriptible de todo lo que yace a nuestro alrededor y debajo de nosotros, de la descripción que hemos intentado.

Deja que el lector se imagine por sí mismo nuestra situación. Cerca de los límites de la “Antártica Sombria”, plantada en la imponente cumbre de una isla cubierta de hielo, que ¡se alza frente al mar dos mil pies en el aire brillante! con otras islas rompiendo sobre nosotros desde el sur y el oeste, rodeados por un océano cubierto y manchado hacia el borde extremo del horizonte con campos de hielo, montículos e innumerables montañas intermitentes de cristal, de formas tan diversas y fantásticas como las nubes a las que aspiran.

Que se imagine las frecuentes colisiones de estas partículas flotantes: el choque, la vibración, la explosión, cuando los Alpes a la deriva son lanzados por el viento o la corriente contra los anclados Apeninos y la caída de sus diez mil fragmentos proyectados suena como truenos bramando desde el mar. Que le guste el lanzamiento y la lucha de los naufragios caídos, que se asemejan, a la distancia, a los juegos salvajes y difíciles de manejar de un grupo de monstruos oceánicos. Mientras contemplábamos los picos brillantes; los valles, resplandeciente como diamantes dispersos; los castillos ilusorios de mástiles brillantes, coronados con agujas y minaretes, brillando en los rayos decrecientes, parece como si todas las leyendas salvajes de magnificencia de hadas que habíamos leído alguna vez fueran mansas en sus descripciones de la magnitud y el esplendor superior de las realidades que ahora se presentaron a nuestra opinión.

Es en este océano que el marinero, si no tiene tempestades que encontrar, o huracanes o trombas de agua que temer, se ve rodeado por peligros más calculados para apaciguar el corazón y desconcertar la mente. La navegación de estos mares requiere el máximo esfuerzo de consumadas habilidades náutica. Aun así, ninguna afirmación es más cierta que los obstáculos se magnifican con la distancia y las dificultades son fácilmente superadas en el camino, que parece inconquistable desde lejos. La experiencia del camino nos despojó de la mitad de nuestros terrores; y, mientras estábamos en soledad en la cresta de esa aislado isla, a una altura mayor sobre el nivel del océano de lo que el hombre había pisado antes en la misma latitud, con islas relucientes, una encima de la otra, hasta que se fusionan en el horizonte brillante, de un lado, y por el otro, vastas pirámides de hielo salen como espectros imponentes de los vapores tenues y amortiguados, todo parece

responder a un impulso prevaleciente dentro de nosotros, empujándonos a contemplar nuevas y más trascendentes escenas.

Donde, sin disolver desde el principio de los tiempos,  
 Las nieves se hinchaban sobre nieves,  
 increíbles, hacia el cielo;  
 y las montañas heladas, en lo alto de  
 montañas agrupadas,  
 Le parecen al marinero tembloroso, desde  
 lejos,  
 Sin forma y blancas, una atmósfera de nubes.  
 Proyectadas enormes y horribles, sobre la oleada,  
 los Alpes se forman sobre los Alpes; o,  
 corriendo horriblemente abajo  
 Ancho rasga el cielo, o sacude el poste sólido.

Nunca hasta ahora habíamos sentido tan amargamente la ausencia de esos espíritus alegres y valientes con los que habíamos esperado poder enfrentar los peligros y disfrutar de las maravillas de estos mares. Podrían decirnos ¿dónde estaban Jones y Pinkham y Long y Wilson y Buchanan? Por qué no estaban con nosotros, así como todos aquellos nobles compañeros cuyos nombres llenan un lugar envidiable en el “Registro Naval”<sup>72</sup>. Fueron nombrados para una expedición nacional, y habrían cumplido las expectativas de una nación. ¿Por qué no se distingue el *Peacock*<sup>73</sup>, parado en la isla, esperando nuestro regreso? Su proa de hierro habría abierto un pasaje a través de esos campos de hielo como un buque abre su brillante camino a través de la espuma del océano. Pero sentimos que estas reflexiones eran un intento inútil de investigar cosas secretas; y la rápida llegada de la noche nos advirtió que no perdiéramos tiempo para reunirnos con nuestros compañeros en Rodman’s Cove. El sol ya se había sumergido en las aguas;

pero estaba dejando atrás una gloria que prometía, en cierta medida, expiar su partida. Disparando horizontalmente los últimos rayos del día iluminados a lo largo de la superficie de las olas y reflejando en su paso miríadas de brillantes conos de hielo, con un esplendor conmovedor en su deslumbrante extensión. Era una hermosa puesta de sol en una noche de sábado. En un momento así y en un templo así, ¡la devoción es un instinto!

Encontramos a nuestros compañeros sentados alrededor de un pequeño fuego de grasa, esperando que los ayudáramos a bajar una cena de pingüinos hervidos y asados, obtenidos de un promontorio rocoso a poca distancia de la pequeña playa que ocupábamos. La carne era bastante jugosa, tierna y de excelente sabor. Una alteración se había hecho en lo que respecta a nuestras habitaciones para la noche, llevando los botes a un lugar donde pudiéramos cubrirlos con un terraplén, de nieve para mantenerlos alejados del viento, y así disminuir el peligro de ser aplastado por las rocas que caen del prominente precipicio sobre nosotros. Una parte del acantilado había caído, de hecho, la noche anterior, tan cerca de nosotros que uno de sus fragmentos había roto parcialmente el bote bajo el cual estábamos acostados.

La mañana del vigésimo quinto día fue tal como se podría haber anticipado desde la noche anterior. En la primera aurora del día, que en esta latitud y en esta estación es perceptible a las dos de la mañana, nos hicimos a la mar de nuevo en nuestros botes por el lado oriental de la isla, donde esperábamos volver a unirnos a los buques. Eufóricos con esta alegre expectativa, nuestros valientes compañeros, de cuyos labios ningún murmullo había escapado durante toda la excursión, se inclinaron ante sus remos con vigorosos brazos. Navegamos con una rapidez que agita el espíritu una cierta distancia hacia el este, cuando de repente nos encontramos de nuevo envueltos en una sucia y

<sup>72</sup> Corresponde a una lista de nombres de marinos que eventualmente tripularían el buque que el Gobierno de los Estados Unidos había asignado para el viaje a los mares del sur, la balandra de guerra US *Peacock*. Jones debe ser Catesby Jones, el capitán del buque.

<sup>73</sup> El *Peacock* era una balandra de guerra norteamericana que había sido autorizada en 1828 para llevar a un grupo de expedicionarios a los mares del sur entre los que se contaba el propio Reynolds, un ferviente impulsor de la iniciativa. La prensa afirma que este buque habría sido equipado en Nueva York “para ser empleado por el Gobierno en un viaje de descubrimiento” (National Gazette & Litterary Register (Filadelfia, PA), 4 de octubre de 1828). El capitán Catesby Jones fue nombrado, a fines del 1828, al mando de la balandra de guerra U.S. *Peacock* “para un viaje de exploración en el Pacífico y los mares polares del sur” (New Hampshire Gazette (Portsmouth, NH), 2 de diciembre de 1828). La participación del buque fue finalmente desechada por el Gobierno de los Estados Unidos (Philbrick, 2004).

desolada niebla. Asistidos por una pequeña brújula, nos dirigimos inmediatamente hacia la isla, de la que, a pesar del aspecto escarpado de su orilla, no pudimos ver ningún rastro, ni siquiera el contorno más débil. No habíamos avanzado mucho en nuestro nuevo rumbo antes que nos encontráramos al borde de la destrucción, a punto de precipitarnos en medio de cornisas hundidas y rompientes ciegas, de las que no tuvimos ninguna indicación hasta que la blanca espuma saltaba y giraba en remolinos temerosos alrededor de la proa d nuestro frágil y sumergido esquife.

Nunca un ballenero de Nantucket, después de paralizar un verdadero espermaceti<sup>74</sup> con su hierro barbado, exclama: “¡suban la popa!, ¡suban la popa!” con más facilidad que nosotros. Inmediatamente dimos forma a nuestro curso desde la tierra, tentando los peligros del mar abierto antes de encontrarnos con los peligros de esta costa. Habíamos remado, o más bien tanteado nuestro camino, durante aproximadamente una legua, cuando, afortunadamente, nos topamos con un pequeño canal que salía entre dos rocas, una de las cuales tenía una base escalonada de más de doscientas yardas de circunferencia. Ascendimos, e inmediatamente encendimos un fuego con algunos trozos de grasa que quedaban en el bote. El día era moderadamente suave y los marineros, cansados por el esfuerzo prolongado en los remos, yacían dispersos sobre las rocas, como tantos animales marinos que suben para tomar el sol. El cuidado y la aprensión se perdieron en la insensibilidad del sueño, o, tal vez, soñando con el hogar.

Los cambios repentinos que distinguen estas latitudes son realmente asombrosos. De improviso, la niebla que nos rodeaba se levantaría y nos mostraría una vista sólo ceñida por el horizonte; y de nuevo, rápidamente, la amplia perspectiva, e incluso los objetos cercanos se perdían en la oscuridad. Habíamos ascendido y nos habíamos sentado con un catalejo en el pináculo más alto del acantilado, desde donde nada podía ser descrito sino el mar ilimitado, manchado de hielo. Reconozco

que sentimos una punzada pasajera de aprensión y una sensación momentánea de tristeza ante esta perspectiva alegre; pero tuvimos cuidado de no traicionar estos sentimientos a nuestros compañeros de barco. Repetidamente desde esta cumbre forzamos nuestra visión en largas y cansadoras miradas sobre el océano.

Finalmente, a medida que el día se desvanecía y la esperanza misma comenzaba a disiparse, divisamos lo que parecía ser la vela superior ascendente de un barco. El suspenso y la duda de ese momento fueron realmente intensos. Podría ser el “parpadeo” de un iceberg distante; y, mientras nuestra mente alternaba entre la esperanza y el miedo, hicimos señas al compañero, que de inmediato subió a nuestro lado. El vidrio se aplicó inmediatamente a su ojo más práctico y se mantuvo inamovible por algunos momentos, como para hacer que la seguridad sea doblemente segura; luego, con una sonrisa algo cerrada pero exultante de deleite, exclamó: “Un iceberg no se ve tan regio como el *Annawan*, y... ¡sí!, ahí viene el *Penguin*, ¡como un delfín en su estela!”

Describir lo que siguió es casi innecesario. “¡Buque a la vista!, ¡Buque a la vista!”, fueron exclamaciones involuntarias cuando descendíamos e hizo que el mismo Padre Neptuno, con su barba ondeante, se levantara del profundo mar y golpeará la roca con su tridente mientras todos los jóvenes tritones hacían sonar sus caracolas en concierto, pues nuestros robustos marineros habían despertado con más energía de su sueño. Dejando su cena a fuego lento y medio cocinada para ser devorada por *Maulemucks*, *Nellies*, *Gulls* y *Mother Carey’s chicken*<sup>75</sup>, comenzamos de buen humor y a las nueve de la misma noche llegamos sanos y salvo a bordo. Luego se gastaron varias horas en felicitaciones mutuas y en relatar nuestro “Paisajes por un Pelo”, de roca y ola, en botes frágiles, y con solo media pulgada de tablón entre nosotros y el océano agitado. Mucho de lo que hemos omitido aquí, es simplemente por temor a que el relato pudiera fatigar la paciencia del lector.

<sup>74</sup> Se está refiriendo al cachalote, *Physeter macrocephalus* Linnaeus 1758, el cetáceo odontoceto más grande que existe, que pertenece la familia Physiteridae, junto al cachalote enano y al cachalote pigmeo.

<sup>75</sup> Son los nombres que los marineros les daban a ciertas aves marinas antárticas: los nellies son los petreles gigantes, *Macronectes giganteus* Gmelin 1785, los gulls son las gaviotas, *Larus dominicanus* Liechtenstein 1823, y los mother carey’s chicken son las golondrinas de mar *Oceanites oceanicus* Kuhl 1820. No sabemos qué especie de ave se designa con el nombre de maulemucks.

## AGRADECIMIENTOS

A Patricio Toledo, antropólogo, por su lectura atenta de un primer borrador de este trabajo y sus atinados comentarios que permitieron enriquecerlo sustantivamente; a Marcelo Mayorga, historiador, por sus precisas sugerencias respecto de la necesidad de algunas notas aclaratorias “a pie de página” y por entregarme su copia del diario de la goleta *Penguin*.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alberts, F.G. (1995). Geographic names of the Antarctic. United States Board on Geographic Names.
- Anónimo (1820). Important Discovery. *Imperial Magazine*, 2(18), 674-676.
- Bagrow, L. (1985). History of cartography. Transaction Publisher.
- Bartlett, H. (1940). The Reports of the Wilkes Expedition, and the Work of the Specialists in Science. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 82(5), 601-705.
- Beaglehole, J.C. (1961). The journals of Captain James Cook on his voyages of discovery. Volume II, The voyage of the Resolution and Adventure, 1772-1775. Cambridge University Press
- Bellinghausen, F.G. (1831). Dvukratnye izyskaniia v IUzhnom Ledovitom okeane i plavanie vorkug sveta, v prodolzhenii 1819, 20 i 21 godov. Glazunova.
- Bertrand, K.J. (1971). Americans in Antarctica 1775-1948. American Geographical Society.
- Bigsby, J.J. (1825). Description of a new species of Trilobite. *Journal of the Academy of Natural Science of Philadelphia*, 4(2), 365-368.
- Bulkeley, R. (2015). Bellingshausen and the Russian Antarctic Expedition, 1819-21. Palgrave-MacMillan.
- Campbell, R.J. (2000). The Discovery of the South Shetland Islands: The Voyage of Brig Williams 1819-1820 as Recorded in Contemporary Documents and the Journal of Midshipman C.W. Poynter. Hakluyt Society.
- Cook, J. (1777). A voyage towards the South Pole, and round the world. Londres, W. Strahan & T. Campbell.
- Davis, A.B. (1999). My year before the Mast. Hounslow Press.
- Debenham, F. (1945). The voyage of Captain Bellinghausen to the Antarctic Seas, 1819-1821. Hakluyt Society.
- Dickinson, A.B. (1993). Early sealing in the Falkland Islands dependencies. *The Great Circle*, 15(1), 1-17.
- Eights, J. (1833). A Description of a new Crustaceous Animal found on the shores of the South Shetland Islands, with remarks on their Natural History. *Transaction of the Albany Institute*, 2, 53-69.
- Eights, J. (1838). A description of the New South Shetland Island. En Fanning, E., *Voyages to the South Seas, Indian and Pacific Oceans, China Sea, North-West Coast, Feejee Islands, South Shetland, & etc.* (pp. 196-216) William Vermilye.
- Ellis, R. (1991). Men and whales. Knopf.
- Fanning, E. (1833a). Memorial of Edmund Fanning to the Honorable the Senate and House of representatives of the United States of America in Congress assembled. En *Executive Documents, The House of Representatives at the First Session of the 22nd Congress at the city of Washington, December 7, 1831*, Duff Green.
- Fanning, E. (1833b). *Voyages round the World, with selected sketches of Voyages to the South Seas, North and South Pacific Oceans, China, etc. Collins & Hannay.*
- Fanning, E. (1838). *Voyages to the South Seas, Indian and Pacific Oceans, China Sea, North-West Coast, Feejee Islands, South Shetland, & etc.* William Vermilye.
- Harrison, J.P. (1955). Science and Politics: Origins and Objectives of Mid-Nineteenth Century Government Expeditions to Latin America. *The Hispanic American Historical Review*, 35(2), 175-202.
- Howe, H. (1889). The Romantic History of Jeremiah N. Reynolds. En *Historical Collections of Ohio: an Encyclopedia of State*, volume 1, (pp. 431-433). Henry Howe & Sons.
- Jones, A.G.E. (1975). Captain William Smith and the Discovery of New South Shetland. *The Geographical Journal*, 141(3), 445-461.
- Lee, I. (1913). The Voyages of Captain William Smith and Others to the South Shetland. *The Geographical Journal*, 42(4), 365-370.
- Lenz, W.E. (2021). *The Poetics of the Antarctic: A Study in Nineteenth-Century American Cultural Perceptions*. Routledge.
- Martin, L. (1943) Early Explorations and Investigations in Southern South America and Adjacent Antarctic Waters by Mariners and Scientists from the United States of America. *Proceedings of the Eighth American Scientific Congress*, Vol. IX, (pp. 43-46). Printing Office of Department of State.
- Mayorga, M. (2021). Loberos de Stonington en torno a las costas de Chile y Perú: entre la explotación y apropiación territorial. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 19, 266-301.

- McKinley, D. (2005). James Eights (1788-1882), Antarctic explorer, Albany naturalist. University of the State of New York.
- Miers, J. (1820) Account of the Discovery of New South Shetland, with observations on its importance in a Geographical, Commercial, and Political point of view. *Edinburgh Philosophical Journal*, 3(6), 367-380.
- Mill, H. (1903). Bellingshausen's Antarctic Voyage. *The Geographical Journal*, 21(2), 150-159.
- Mikhailov, P.N. (1831). Atlas k puteshestviu kapitana Bellingauzena v Iuzhnom Ledovitom okeane i vokrug sveta v prodolzhenii 1819, 1820 i 1821 godov. Glazunova
- Morrell, B. (1832). A narrative of four voyages: to the South Sea, north and south Pacific Ocean, Chinese sea, Ethiopic and southern Atlantic Ocean, Indian and Antarctic Ocean; from the year 1822 to 1831. J. & J. Harper
- Paterson, J. (2019). The trouble with trilobites: classification, phylogeny and the cryptogenesis problem. *Geological Magazine*, 157(1), 35-46.
- Pearson, M. (2018). Living under their boats: a strategy for southern sealing in the nineteenth century -its history and archaeological potential. *The Polar Journal*, 8(1), 68-83.
- Pearson, M., y Stheberg, R. (2006). Nineteenth century sealing sites on Rugged Island, South Shetland Islands. *Polar Record*, 42(223), 335-347.
- Philbrick, N. (2004). *Sea of Glory: America's Voyage of Discovery, the U.S. Exploring Expedition, 1838-1842*. Penguin.
- Prohaska, F. (1976). The climate of Argentina, Paraguay and Uruguay. En Schwerdtfeger, W. (Ed), *Climates of Central and South America*. World survey of climatology, Vol. 12 (pp. 13-112). Elsevier.
- Quiroz, D. (2024). Jeremiah N. Reynolds en Chile (1830-1832). Viajes olvidados, escritos fragmentarios, conocimientos esporádicos. Biblioteca Nacional/ Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Reynolds, J.N. (1835). Voyage of the United State Frigate Potomac, under the command of Commodore John Downes, during the circumnavigation of the globe in the years 1831, 1832, 1833 and 1834. Harpers & Brothers.
- Reynolds, J.N. (1838). Leaves from an unpublished Journal. *The New York Mirror*, 15, 340-341.
- Sachs, A. (2007). The Humboldt Current. Nineteenth-Century Exploration and the roots of American environmentalism. Penguin.
- Robinson, J. (1820). Carta de Jeremy Robinson a Samuel L. Mitchell, Presidente del Lyceum of Natural History de Nueva York, Valparaíso, 28 de enero de 1820. *Columbian*, 7 de septiembre de 1820.
- Salerno, M.A., y Cruz, M.J. (2023). Logbooks and Antarctic sealing. Approaching early- and late- 19th-century exploitation strategies and their archaeological footprint. *Polar Record*, 59(e39), 1-18.
- Senatore, X. (2019). Archaeologies in Antarctica from Nostalgia to Capitalism: A Review. *International Journal of Historical Archaeology*, 23(3), 755-771.
- Silliman, B. (1820). A Journal of travels in England, Holland and Scotland and of two Passages over the Atlantic in the years 1805 and 1806, with considerable additions, principally from the original manuscripts of the author. S. Converse.
- Spears, J.R. (1922). Captain Nathaniel Brown Palmer. An Old-Time Sailor of the Sea. MacMillan Co.
- Stackpole, E. (1955). The Voyage of the Huron and the Huntress; The American Sealers and the Discovery of the Continent of Antarctica. The Marine Historical Association.
- Tammiksaar, E. (2016). The Russian Antarctic Expedition under the command of Fabian Gottlieb von Bellingshausen and its reception in Russia and the World. *Polar Record*, 52(5), 578-600.
- Tammiksaar, E., y Lüdecke, C. (2023). The discovery of Antarctica from Ptolemy to Shackleton. En Hawkins, A. y Roberts, P. (Eds). *The Cambridge History of the Polar Regions*. (pp. 181-206). Cambridge University Press.
- Verney, M.A. (2022) A Great and Rising Nation: Naval Exploration and Global Empire in the Early U.S. Republic. The University of Chicago Press.
- Webster, W.H. (1834). Narrative of a Voyage to the Southern Atlantic Ocean, in the Years 1828, 29, 30, performed in H.M. Sloop Chanticleer, Under the Command of the late Captain Henry Foster. Richard Bentley.
- Weddell, J. (1827). A voyage towards the South Pole, performed in the years 1822-24. Longman, Rees, Orme, Brown & Green.
- Woodbridge III, R. (1984). J. N. Reynolds, father of American Exploration. *The Princeton University Library Chronicle*, 45(2), 107-121.
- Young, A. (1821). Notice of the voyage of Edward Bransfield, Master of His Majesty's ship Andromache to New South Shetland. *Edinburgh Philosophical Journal*, 4(8), 345-348.

Zarankin, A., y Senatore, X. (2005). Archaeology in Antarctica: Nineteenth Century capitalism expansion strategies. *International Journal of Historic Archaeology*, 9(1), 43-56.

## FUENTES DE PRENSA Y ARCHIVO

### *Periódicos*

Baltimore Patriot (Baltimore, MD), 8 de septiembre de 1830.  
Columbian (Nueva York, NY), 7 de septiembre de 1820.  
Daily National Intelligencer (Washington, DC), 12 de agosto de 1834.  
El Mercurio (Valparaíso), 11 de mayo de 1830, 3 de diciembre de 1832.  
National Gazette & Litterary Register (Filadelfia, PA), 4 de octubre de 1828.  
New Hampshire Gazette (Portsmouth, NH), 2 de diciembre de 1828.  
New York Morning Courier & Enquirer (Nueva York, NY), 3 de agosto de 1831, 22 de agosto de 1831, 27 de Agosto de 1831.

New-York Spectator (Nueva York, NY), 26 de octubre de 1829.  
Universalist Union, Vol. III, N° 27 (Nueva York, NY), 12 de mayo de 1838.

### *Inéditos*

Elliot, G. (1831), Journal of a sealing voyage from Stonington, Connecticut towards Cape Horn onboard the schooner *Penguin*, 1829-1831., Manuscripts Collection, G.W. Blunt White Library, Mystic Seaport Museum, Log 107b  
Tuyll, J. (1820a). Carta del Barón Tuyll al capitán Bellinghausen, Rio de Janeiro, febrero de 1820. Rossiyskiy gosudarstvennyy arkhiv Voenno-Morskogo Flota, Fondo 25, Vol. 1, N° 114, f. 25.  
Tuyll, J. (1820b). Carta del Barón Tuyll al Conde Nesselrode, Ministro de Asuntos Exteriores del Imperio Ruso, Rio de Janeiro, 19 de febrero de 1820. Rossiyskiy gosudarstvennyy arkhiv Voenno-Morskogo Flota, Fondo 25, Vol. 1, N° 114, f. 26.